

Cristo en Toda la Biblia: *Éxodo*



PRENSA ACACIA

Cristo en Toda la Biblia: Éxodo

Una publicación por Prensa Acacia

© Prensa Acacia 2020

Prensa Acacia
Emiliano Zapata
Campeche, Mexico
www.graciamasgracia.com

Prólogo

“Todo lo que esta escrito de mi en la ley de Moises”
(Lc. 24:44)

El Éxodo, segundo libro de Moisés, nos detalle la salida de Israel de la tierra de los egipcios y también las circunstancias que se llevaron a cabo en su peregrinar por el desierto.

Como todo otro libro de la Biblia, el Éxodo tiene su enfoque en el Señor Jesucristo. En este libro lo estaremos viendo por ejemplo: en la vida de Moisés, la Pascua, el maná y en todo lo relacionado al tabernáculo.

Dios nos ayude a siempre encontrar al Señor en las Sagradas Escrituras, incluyendo el libro del Éxodo.

Moisés y el Señor

Pasemos ahora a las experiencias en la vida de Moisés y tratemos de encontrar a Cristo. En esta ocasión estaremos haciéndolo con lo ocurrido desde su nacimiento hasta los milagros hechos por Dios a través de él en Egipto.

El Diablo estuvo muy interesado en el nacimiento de Moisés y también en el de Jesucristo. Obró para que ambos murieran al ser infantes. Esto no iba a suceder porque la mano potente de Dios iba a intervenir. Moisés fue escondido en un arca, e irónicamente rescatado por la hija del mismo Faraón, que había dado la orden de que todos los bebés Hebreos murieran. Un ángel dio aviso a José para que huyese a Egipto con Maria y Jesucristo al haber la matanza de niños mandada por Herodes para terminar con Su vida.

Hay un gran contraste entre Moisés y el Señor. Al haber sido sacado del arca en el que iba en el río Nilo, Moisés fue llamado así porque su nombre significa: "sacado de las aguas". En el caso de Cristo, lo escuchamos en el Salmo 69 pidiéndole a Dios, mientras colgaba del madero, que lo salvara de las aguas torrenciales que caían sobre Él cuando sufría por nuestros pecados. Él clamó: "Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma." (Sal. 69:1). Para Él no hubo ningún arca para guardarle ni tampoco alguien que lo rescatara. Expresó sentir profundo cansancio al esperar repuesta de Dios y no encontrarla (Sal. 69:3).

Según Heb. 11:24-26, Moisés un día decidió que era tiempo de dejar todos los privilegios y las comodidades del palacio,

para estar entre sus compatriotas; aún cuando le iba a costar mucho. Nuestro Señor dejó los “palacios de marfil” (Sal. 45:8) para sufrir la “cruz” y el “oprobio” (Heb. 12:2).

Cito un himno que dice:

De los palacios de marfil se despidió
cuando del cielo al mundo descendió.

Aunque era rico, Él se quiso empobrecer;
desde la cruz Su reino pudo ver.

Esteban en su predicación a los líderes de Israel, da sentido a lo que hizo Moisés cuando mató a un Egipcio que maltrató a un Israelita y cómo no fue reconocido como libertador por su pueblo. Les dijo: “él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así” (Hch. 7:25). Juan inicia su evangelio describiendo el rechazo de Cristo por parte de la nación escogida por Dios. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.” (Jn. 1:11) Cuando Moisés quiso volver a juzgar, ahora el pleito entre dos Hebreos, ellos le hicieron saber su rechazo al preguntarle: “¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?” (Éx. 2:14) Así también fue para Cristo. Es claramente visto en la parábola que Él contó que describe lo que Israel pensó de nuestro Señor. La gente en la parábola dijo: “No queremos que este reine sobre nosotros. (Luc. 19:14) Mientras que Pilato reconocía al Señor como el “rey de los Judíos”, ellos respondieron: “no tenemos más rey que Cesar.” (Jn. 19:15)

Moisés fue elegido por Dios para ser el libertador de Israel (Éx. 3:10). La libertad que Moisés le dio a Israel, no se compara con la libertad que Cristo nos ha dado a nosotros. Por medio de Su sangre, nos redimió de la ley (Gál. 3:13), de toda iniquidad (Tito 2:14) y de nuestra vana manera de vivir (1 Pe. 3:18). ¡Gracias a Dios por nuestro gran Redentor!

Vemos los milagros hechos por Moisés y también pensamos en los que realizó el Señor al estar aquí. Dios quería que los

Egipcios vieran Su poder y se convirtieran a Él. Pensamos en todos los que fueron sanados por el Señor, y que al ver Su poder, creyeron en Él. Según Juan 12:38, con las sanciones de Cristo, es cuando se cumple lo profetizado por Isaías: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?” (53:1). Las señales hechas por Moisés también hacen pensar en los juicios que Cristo arrojará sobre la tierra durante la tribulación. En Cristo también hemos encontrado un gran Salvador. Nos ha salvado del pecado, del infierno y de la tribulación venidera.

La Pascua

Pablo escribió a los Corintios: “nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.” (1 Cor. 5:7). Tracemos a nuestro Señor en la primera ocasión en la que esta fiesta fue celebrada por única vez en Egipto. Moisés escribe sobre esto en Éxodo 12.

El animal requerido por Dios para cada familia era un cordero. Este animal a esta edad es un claro recordatorio de la perfecta mansedumbre de Cristo. El cordero es usado frecuentemente para describir a Cristo a lo largo de la Biblia. En Éx. 12 es el Cordero inmolado; en Isa. 53 es el Cordero enmudecido; en Jn. 1 es el Cordero señalado; en 1 Pe. 1 es el Cordero destinado y en Ap. 5 es el Cordero alabado.

La edad del cordero, teniendo que ser de un año, se encontraba en una etapa de plenitud de fuerza. Esto lo podemos relacionar con el Señor dando Su vida cuando tendría unos 33 años, siendo la edad de pleno vigor en un hombre.

La pureza de nuestro Salvador la podemos ver en que el cordero tenía que ser sin defecto. No podía ser “ciego, perniquebrado, mutilado, verrugoso, sarnoso o roñoso” (Lev. 22:22). Los serafines ven a Cristo sobre Su trono en el cielo y dicen: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” (Isa. 6:3). Pedro repasó la vida de Cristo sobre la tierra y escribió: “no hizo pecado.” (1 Pe. 2:22)

En el mes Abib, en el día catorce, entre las dos tardes, el animal debía de ser inmolado. La muerte violenta y

sangrienta del cordero, nos hace pensar en los dolores indecibles que sufrió el Señor. Para el judío entre las dos tardes era entre las 3:00 pm- 6:00 pm. Según los evangelios, Cristo murió a las 3:00 pm. Es llamativo considerar que mientras los corderos eran inmolados en el templo por los sacerdotes- el Cordero de Dios daba Su vida por nosotros en sacrificio.

La sangre era aplicada por cada familia sobre los dos postes y en el dintel de la puerta de sus casas. A la media noche el Ángel de Jehová pasaría y la sangre serviría de señal para que la vida del hijo mayor fuese guardada. Por eso el nombre "Pascua" porque pasaría por encima de esa puerta. Gracias a Dios por la sangre de Su Hijo y por todos los beneficios que nos ha traído.

Tenían que manejar con mucho cuidado al animal muerto porque no podía ser quebrado ninguno de sus huesos. El poder de Dios es visto en cómo El guardó el cuerpo de Cristo para que no se quebrara ni un hueso Suyo a pesar de haber sufrido tanto. Puñetazos certeros en el rostro, golpes fuertes en la cabeza usando una caña, toscos clavos perforan manos y pies, una lanza traspasa el costado, pero ¡todos Sus huesos guardados! Todos Sus huesos se descoyuntaron (Sal. 22:14) pero ninguno quebrado.

Se les pidió a los Israelitas que la carne debía de ser asada sobre fuego. Quizás aquí encontramos lo que el Señor sufrió cuando Su Dios lo castigó con nuestros pecados. Fuego no cayó del cielo, mas la ira de Dios sí descendió sobre Él.

El cordero debía de ser comido todo esa noche por una familia, o si era una familia pequeña, lo podían compartir con sus vecinos. Había carne conforme al comer de cada persona. Habla de la suficiencia y de la grandeza de la obra de Cristo. Sin duda, hay varias cosas que yo no logro notar acerca de Cristo en la Pascua pero usted sí las puede encontrar.

La carne era comida con panes sin levadura y hierbas amargas. Los panes pueden representar la perfección de Cristo y las hierbas hacen pensar en la amargura que sintió Cristo al tomar la copa del juicio de Dios por nuestras maldades.

Démosle gracias a Dios por el Cordero que por nosotros Se sacrificó y que nos ha quitado nuestro pecado.

Éxodo de Egipto

Los hijos de Israel recogieron lo que pudieron, reunieron a sus animales y salieron de Egipto por la mano poderosa y redentora de Dios. El Mar Rojo era el primer obstáculo para que pudieran seguir transitando y huir de los Egipcios. Dios permitió que una nación de unas dos millones de personas pudieran cruzar el mar en lo seco, al Moisés dividir las aguas sin que el ejército de Faraón pudiera alcanzarles.

¿Qué hace un pueblo salvado por Dios? Canta. Llegaron a la orilla del mar y alabaron a Dios cantando sobre Su grandeza. Mañana nosotros también cantaremos. De nuestros labios se oirán palabras de alabanza a Cristo sobre los dolores que Él sufrió para salvarnos. Juan nos dice que en el cielo cantaremos el “cántico de Moisés siervo de Dios” (Ap. 15:3).

Pasan toda la noche cruzando el Mar Rojo, se dirigen hacia el desierto y por tres días viajan sin beber agua. Por fin llegaron a un lugar donde había agua pero las aguas estaban amargas. No por nada allí se llamaba Mara, que significa “amargo”.

En la Biblia, el pecado es asociado con la amargura. La mujer que se sospechaba haber sido infiel, bebía agua amarga (Núm. 5:18). Noemí pidió ser llamada Mara porque, por su pecado de desobediencia, ella reconoció que Dios la había puesto “en grande amargura” (Rut 1:20). Salomón dice que el fin de la mujer adúltera “es amargo como el ajeno” (Prov. 5:4). El profeta Jeremías proclamó a una Judá descarriada: “ve cuán malo y amargo es el haber tú dejado a Jehová” (Jer. 2:19) y “esta es tu maldad, por lo cual amargura penetrará

hasta tu corazón" (Jer. 4:18). Pedro condenó la hipocresía de un mago llamado Simón diciéndole: "en hiel de amargura y en presión de maldad veo que estas." (Hch. 8:23). Todos recordamos nuestra vida sin Cristo y cómo- una de las cosas que nos brindaba el pecado- era la amargura.

Israel con sed murmura a Moisés, él clama a Dios y Él le muestra un árbol. El árbol habrá sido talado, es echado en el agua y milagrosamente las aguas se endulzaron. El árbol quitó la amargura y trajo dulzura. Israel pudo así encontrar pudo refrescarse. Piensa en Cristo. Sobre un tronco tosco de algún árbol de Palestina, padeció la amargura de nuestro pecado y trajo una dulzura como ninguna otra a nuestras vidas. Como la Sulamita le dice en Cantares a Salomón, nosotros podemos decir de Cristo: "Su fruto fue dulce a mi paladar." (2:3) "Sus mejillas, como una era de especias aromáticas (dulces)... Sus labios, como lirios que destilan mirra fragante (dulce)" (5:13). "Su paladar, dulcísimo, y todo él es codiciable" (5:16).

Salen de Mara y llegan a Elim. Han viajado mucho. Están agotados. En Elim encontraron descanso. Habían allí doce fuentes de aguas refrescantes y setenta palmeras que les proveyeron de sombra. En nuestro Señor, la amargura ha sido cambiada por dulzura. Pero también en Él, el cansancio, que igual nos había traído el pecado, ha sido cambiado por descanso, por lo que Él hizo sobre esa cruz. "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar." (Mat. 11:28)

Nubes

“Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino” (Éx. 13:21).

A todos nos llaman la atención las nubes. Los niños y los jóvenes se imaginan encontrar distintas figuras en ellas y los adultos admiran la forma elegante en la que cubren los cielos. Job nos invita a que contemplemos a las nubes (Job 35:5). El creador de las nubes habla mucho acerca de ellas en su palabra y nos enseña que representan su presencia. El pueblo de Israel veía la presencia de Dios todos los días en la nube que iba delante de ellos o cubriendo el tabernáculo. Cuando Moisés subió el Monte Sinaí también apareció una nube (Éx. 19:9) porque Dios estaba allí. En la vida de nuestro Salvador leemos de nubes. Cuando mostró su gloria sobre un monte, con Pedro, Jacobo, Juan, Elías y Moisés presentes, apareció una gran nube que los cubrió. Y Dios dijo desde la nube: “Este es mi hijo amado; a él oíd” (Lc. 9:35). Cincuenta días después de su muerte, él ascendió al cielo para estar a la mano derecha de su Padre. Al despedirse de 500 discípulos, se apareció una nube la cual le llevó a la casa de Dios (Hch. 1:9). El salmista escribió de Dios: “El que pone las nubes por su carroza” (Sal. 104:3). Cuando el Señor venga a la tierra para reinar después de la gran tribulación, él bajará en las nubes. “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén” (Ap. 1:7). Las nubes presentes con Cristo nos hacen ver la presencia del Padre continuamente con su Hijo. Hay una ocasión en la que no encontramos nubes sino densas tinieblas cuando era de día.

No encontramos nubes en el Lugar de la Calavera. Dios al abandonarlo, trajo oscuridad sobre su Hijo, y no una nube, porque estaba poniendo sobre él todos nuestros pecados.

Consagración de los Primogénitos

José y María llegan al templo con Cristo a los cuarenta días de nacido. Salieron de la pequeña aldea de Belén para poder cumplir la ley de Dios. “Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es.” (Éx. 13:2). Algunos llevaban becerros, otros corderos, que serían sacrificados. También ubicamos a varios niños siendo llevados y dedicados, pero hay uno que sobresale de todos. José y María llevan al Hijo de Dios para dedicárselo a Dios mismo. Lucas es el único de los evangelios que nos menciona este evento en la vida de Cristo (2:22, 23).

Es impresionante pensar cómo, en medio de tanta actividad en el templo, Cristo a una edad tan tierna, estaba siendo santificado a su Dios. La entrega completa del Hijo a Su Padre, no solo es visto en esa experiencia en Su vida. La vemos desde antes de que viniera al mundo, hasta unas horas antes de morir. Y será algo que disfrutaremos ver en Él por toda la eternidad. “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.” (Isa. 6:8). Notamos Su dedicación a Dios antes de venir al mundo, pero también poco antes de morir. Dijo en el Getsemaní: “No se haga mi voluntad, sino la tuya.” (Luc. 22:42).

La presentación de Cristo en el templo, muestra Su consagración a Dios, pero también Su sujeción a la ley de Moisés. En varias ocasiones Cristo cumplió las leyes dadas a Israel. Todo esto para poder redimir a Su pueblo. “Cuando

vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley..." (Gál. 4:4, 5).

En la ley de Moisés, cuando se ofrecían a Dios los animales primogénitos, no podían ofrecerse los animales inmundos. "Todo primogénito de asno redimirás con un cordero; y si no lo redimieras, quebrarás su cerviz." (Éx. 13:13). El asno era inmundo, no sería acepto a Dios. Un animal limpio tomaba el lugar del animal inmundo. El Cordero de Dios, santo y Justo, fue sacrificado en nuestro lugar para redimirnos de toda inmundicia.

Maná

En Juan 6 el Señor hace semejanzas entre Él y el pan que Dios hacía llover sobre el campamento de Su pueblo (Éx. 16 y Núm. 11). Veamos a Cristo en el maná.

1. La procedencia de Cristo

Israel recibía el pan del cielo. Era “trigo de los cielos” (Sal. 78:24) y “pan del cielo” (Sal. 105:40). Pablo nos dice de Cristo: “el Señor, es del cielo” (1 Cor. 15:47).

2. La manifestación de Cristo

Dios le hizo saber a su pueblo que al descender el maná, verían Su gloria. Quisiéramos haber visto lo que Juan vio en Cristo: “vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Jn. 1:14). Ver la gloria del Señor, era ver la gloria de Dios.

3. La pureza de Cristo

Antes de caer el pan, Dios mandaba un rocío y de esa manera no se contaminaba. Pensamos en todo el pecado que rodeó al Señor, mas nunca le contaminó. La santidad de Cristo también la relacionamos con el hecho de que el maná era color blanco.

4. El menosprecio de Cristo

Lo que caía era menuda como una escarcha, como una pequeña semilla de culantro. Habla de lo poco que los hombres pensaron del Señor. Maná significa: “¿Qué es esto?” porque el pueblo no sabía qué era lo que descendía.

Natanael preguntó al oír de Cristo: “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?”

5. La satisfacción de Cristo

Debían de recoger según lo que podía comer cada miembro de la familia. Cristo dijo: “el que a mí viene, nunca tendrá hambre...” (Jn. 6:35). El pan no debía dejarse para el día siguiente porque se echaba a perder. Si nosotros nos alimentamos del “pan de vida” continuamente, evitaríamos siempre repetir lo mismo en la Cena del Señor. El sabor del maná era dulce como hojuelas de miel y como aceite nuevo. No hay nada como tener comunión con el Señor. El pueblo llegó a cansarse de comer el maná. Dios nos ayude a que no nos suceda eso a nosotros con Cristo.

6. Los padecimientos de Cristo

Las mujeres molían, majaban y cocían el maná para servírselo a su familia. Cristo en la cruz fue “molido por nuestros pecados” (Isa. 53:5). Sintió como si fuera el calor abrasador de la ira de Dios por nuestros pecados.

7. La grandeza de Cristo

Al creyente que es fiel, se le promete que se le dará de comer del “maná escondido” (Ap. 2:17). Hay una infinidad de cosas que nos falta aprender de Cristo que las iremos aprendiendo en el cielo a lo largo de la eternidad. Hasta entonces, busquemos aprender más de Él y rindámosle la gloria que solo Él merece.

Roca Golpeada

En nuestras más dolorosas angustias, nos ha consolado a todos leer acerca de la Roca de refugio y de salvación que tenemos en el Señor (Sal. 89:26; 94:22). En esta ocasión llegamos con Israel a la peña de Horeb, no para pensar en cómo la Roca quita nuestro dolor, si no para contemplar Su dolor. Esta peña es más que un objeto; es una Persona- es Cristo mismo. Pablo, el apóstol de Dios, nos indica que la Roca en el desierto era Cristo (1 Cor. 10:4). En Éxodo 12 Cristo es el Cordero Pascual, en Éxodo 16 es el maná y en Éxodo 17 es la roca.

Al tener sed Israel, Dios mandó a Moisés a que golpeará una roca para que fluyeran ríos de agua. Los golpes que dio la vara contra la roca, llena nuestras mentes de los sufrimientos de Cristo. La roca fue hendida (Sal. 78:15) y abierta (Isa. 48:21) para que Israel bebiese agua. Esto nos habla de la intensidad de los dolores de nuestra Roca cuando Él padecía por nuestros pecados. En silencio nos detenemos para pensar en cómo los azotes que recibió de los soldados, no se comparan con los azotes que recibió desde el cielo por parte de Su Dios.

Cantamos en el himno:

“Su santa vara Dios blandió, hiriéndote a Ti;
Dios mismo te desamparó, para ampararme a mí.”

Isaías profetizó:

“Le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros

pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por Su llaga fuimos nosotros curados." (Isa. 53:4, 5)

Cristo es:

La Roca perfecta (Deu. 32:4)

La Roca menospreciada (Deu. 32:15, 18)

La Roca única (Deu. 32:31; 1 Sam. 2:2)

La Roca protectora (Sal. 62:2)

La Roca exaltada (2 Sam. 22:47)

La Roca fundadora (Mat. 16:18)

La Roca malentendida (1 Pe. 2:8)

La Roca golpeada (Éx. 17:6; Núm. 20:11)

¡Ninguna Roca como la nuestra!

Primer Mandamiento

Llegamos a los diez mandamientos que el dedo de Dios escribió sobre dos tablas de piedra y que fueron entregados a Israel a través de Moisés al estar sobre el Sinaí. En las próximas semanas veremos, con la ayuda de Dios, cómo Cristo cumplió con cada uno de ellos. Algo que ningún hombre podrá jamás lograr.

El primer mandamiento en las tablas establecía: “No tendrás dioses ajenos delante de mí.” (Éx. 20:3) Al Padre le habrá traído mucha satisfacciones en ver a Su Hijo enteramente entregado a Él, al mismo tiempo que el imperio Romano gobernaba una gran parte del mundo mostrando un profundo fervor hacia el paganismo. El Señor hablando de Su Padre dijo que era “el único Dios verdadero” (Jn. 17:3) y que uno era el Padre que está en los cielos (Mat. 23:9).

Cristo continuamente mostró un anhelo inalterable e inconmensurable de mostrarle a Dios Su completa devoción. Esto Se lo mostró de las siguientes maneras:

I. La gloria de Su Dios

Cuando enseñó a los apóstoles a orar, Les hizo ver la importancia de pedir que el Nombre de Dios sea santificado (Luc. 11:2). Recalcó que en ocasiones las enfermedades son “para la gloria de Dios” (Jn. 11:4). Dijo que Dios era glorificado en Él (Jn. 13:31; 14:13). El Diablo habiéndole pedido que se postrara ante Él, Su respuesta fue: “Al Señor tú Dios adorarás, y a Él solo servirás.” (Luc. 4:8). Su vida se resume cuando Él dijo: “honro a mi Padre” (Jn. 8:49).

Prometió que cuando Él venga, Lo hará “en la gloria de Su Padre” (Mat. 16:27).

II. La voluntad de Su Dios

Postrado sobre la tierra de un huerto de olivos la noche antes de ser clavado a una cruz, Le dijo a Su Padre: “no se haga mi voluntad, sino la tuya.” (Luc. 22:42) Pablo escribió de Él: “haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” (Fil. 2:8).

III. La palabra de Su Dios

Satanás cuando lo tentaba, oyó de los labios de Cristo decir: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” (Mat. 4:4). Como nadie más, Se preocupó en leerla meditarla y practicarla. Isaías profetizó acerca de este firme deseo de Cristo. “Despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído...” (Isa. 50:4, 5). Sufrió y dio Su vida para que todas las profecías se cumplieran.

IV. El servicio a Su Dios

A los 12 años de edad ya señalaba la necesidad que tenía de ocuparse en los negocios de Su Padre (Luc. 2:49). Habló también sobre la imposibilidad de servir a dos amos al no poder “servir a Dios y a las riquezas” (Mat. 6:24). Al ser preguntado sobre el impuesto, enfatizó la imperiosa necesidad de darle a Dios lo que a Él le correspondía (Mat. 22:21). Su vida de servicio se dio porque vivía en obediencia al mandamiento: “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.” (Mat. 22:37).

V. El templo de Su Dios

No defendió Su Persona, cuando fue constantemente atacado; pero cuando la gloria del templo de Su Padre se vio comprometida, sacó a los que se aprovechaban de la gente, y les dijo que habían hecho de la casa de oración, una cueva de

ladrones (Luc. 19:46). Él de igual manera habló de cómo el celo de la casa de Dios Le consumía (Sal. 69:9).

Cristo vivió y murió, poniendo en claro que seguía y servía a un solo Dios, y a ningún otro.

Segundo Mandamiento

Hoy nos corresponde ver a Cristo cumpliendo el segundo mandamiento dado a Israel, en el cual se prohibía la idolatría (Éx. 20:4-6). Dios quería que Israel le clamara y le adorara a Él, y a nadie más.

El idólatra le ora a sus ídolos; los hijos de Dios, le oran directamente a Él. Jesucristo mostró en Su vida lo importante que era para Él la oración. Oraba antes de que amaneciera (Mar. 1:35), oraba por la noche (Mat. 14:23) y durante toda la noche (Luc. 6:12). Muchas veces lo hacía en un lugar solitario (Mat. 14:23; Mar. 6:46; Luc. 5:16; 9:18) donde lo único que había presente- era la presencia de Su Dios. Si las arboledas de olivo en el Getsemaní hablaran, nos quedaríamos pasmados al oír de todo lo que Cristo le decía a Su Dios en las muchas veces que allí oró.

Considera algunas de Sus oraciones:

La oración del ejemplo (Luc. 11:1-4). Hoy la oración vanamente repetida por muchos; fue una oración que el Señor hizo cuando Sus discípulos le pidieron que les enseñase a orar porque se admiraban de Su pasión en aquella sublime ocupación.

La oración de glorificación (Jn. 12:28; 17:1). La gloria de Su Padre era el tema central de Sus oraciones.

La oración de la transfiguración (Luc. 9:28, 29). Antes de que la gloria radiante de Cristo encandilara a tres de Sus

apóstoles, a Moisés y a Elías, había estado en oración sobre un monte.

La oración de compasión. Oraba por los pecadores (Isa. 53:12) y por Sus seguidores (Luc. 22:32; Jn. 17:9-21).

La oración de la entrega (Luc. 22:40, 42, 44). Sabiendo que iba a ser arrestado y que Judas sabía donde solía orar, aún así fue al Getsemaní, y allí en oración se entregó a la voluntad de Dios, sabiendo lo que le costaría.

La oración del perdón (Luc. 23:34). Vivió enseñando sobre la necesidad de orar por nuestros enemigos; murió suplicando perdón otorgado a Sus enemigos mientras taladraban Sus manos y pies a un madero.

La oración del desamparo (Mat. 27:46; Mar. 15:34). Abandonado por Sus apóstoles; por Su creación, al estar rodeado de tinieblas; y por Su propio Dios, preguntó lo que nunca recibió respuesta: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

La oración de Su partida (Luc. 23:46). Algunos esqueletos encontrados de personas que fueron crucificados, sus cráneos muchas veces estaban hacia atrás por el intenso dolor que sentían al morir. Esto no fue el caso de nuestro Señor. A pesar de todo el dolor que agobiaba Su cuerpo, en completo control de sí mismo, oró: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, inclinó Su rostro y murió.

Tercer Mandamiento

“No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano...” (Éx. 20:7).

Dios le da importancia a los nombres en Su Palabra; aún más, al suyo, por encima de todos. Tomar el nombre de Dios era castigado con la pena capital. Su nombre “alto y glorioso” (Neh. 9:5) demanda ser incuestionablemente reverenciado en todas las maneras posibles a nuestro alcance. Como con cada jota y tilde de la ley, el Señor Jesucristo cumplió con el tercer mandamiento, al nunca tomar el nombre de su Dios en vano.

Hay por lo menos tres maneras en las que se peca al tomar el nombre de Dios en vano que son: jurar falsamente (Lev. 19:12), blasfemar (Lev. 24:16) y profetizar falsamente (Deu. 18:20).

Jesucristo no juraba al no tener a nadie por encima de Él al ser Dios, y también porque había una congruencia perfecta entre su forma de hablar y de vivir. Los fariseos mostraban todo lo contrario y por lo tanto tenían que jurar deshonestamente, tomando el nombre de Dios en vano (Mat. 23:16).

Gracias a Dios por la transparencia en la vida de su Hijo. La verdad era algo que enseñaba, practicaba y, aún más, que ¡Él era! Por lo tanto, también era imposible que profetizara falsamente tomando el nombre de Dios en vano. Dios

profetizó que levantaría a un Profeta en el cual pondría su palabra en su boca (Deu. 18:8).

Los escribas pensaron que el Señor había blasfemado cuando sanó a un paralítico un día de reposo (Mat. 9:3). Caifás, el que sería el último sumo sacerdote en Israel, se indignó al oír a Cristo, mientras era juzgado, anticiparle que se sentaría a la diestra de Dios, y que vendría en las nubes. Caifás exclamó: “¡Ha blasfemado!” (Mat. 26:65).

Cristo nunca pudo haber sido capaz de haber blasfemado el nombre de su Padre. Mostró que quería todo lo contrario para el nombre que es “glorioso y temible” (Deu. 28:58). Pidió que su nombre fuese manifestado (Jn. 17:6), santificado (Luc. 11:2) y glorificado (Jn. 12:28). Dijo haber venido en su nombre (Jn. 5:43) y que hacía todo en el nombre de Dios (Jn. 10:25).

Jamás tomó el nombre de Dios en vano. Lo defendió y lo honró, pero aún así fue puesto sobre una cruz para morir.

Cuarto Mandamiento

El cuarto mandamiento en las tablas dadas a Moisés, junto con los primeros tres, tenía que ver con la responsabilidad de los Hebreos hacia Dios. Los últimos seis eran sobre su responsabilidad hacia el prójimo. Los primeros dos son sobre la Persona de Dios; el tercero: su nombre; y el cuarto: el día santificado a él. Israel debía de guardar reposo el día séptimo (Éx. 20:8).

Mateo, Marcos y Lucas registran en sus evangelios el hecho de que Cristo dijo ser “Señor del día de reposo” (Mt. 12:8; Mc. 2:28; Lc. 6:5). ¿Qué significa eso? Él fue quien por primera vez llamó y guardó el día de reposo al final de la semana de la creación (Gn. 2:2, 3), y que por lo tanto, él tenía plena autoridad sobre ese día para hacer lo que a él le placía.

Tocando el tema, quizás sería provechoso enlistar todas las ocasiones en las que se menciona a Cristo teniendo señorío sobre algo.

- Señor de la mies (Lc. 10:2; Mc. 9:38)
- Señor de todos (Hch. 10:36; Rom. 10:12)
- Señor del cielo y de la tierra (Hch. 17:24)
- Señor de muertos y vivos (Rom. 14:9)
- Señor de ellos y nuestro (1 Cor. 1:2)
- Señor de gloria (1 Cor. 2:8)
- Señor de ellos y vosotros (Ef. 6:9)
- Señor de paz (2 Tes. 3:16)
- Señor de señores (1 Tim. 6:15; Ap. 17:14)

¡Qué extenso es el señorío de Cristo! ¡Es Señor del día de reposo y de todas las cosas!

El Israelita no podía trabajar en el séptimo día (Lv. 23:3; Nm. 15:32; Dt. 5:14; Jer. 17:22, 24) ni encender fuego (Éx. 35:3). El que no cumplía tenía que morir (Éx. 31:14, 15; 35:2; Jr. 17:27; Ez. 20:13). Con el tiempo, la nación escogida por Dios, fue implementando reglas para el día de reposo que no fueron establecidas por Dios. Algo que hicieron con la mayoría de la ley.

Jesucristo fue rigurosamente criticado e injustamente acusado por haber hecho ciertas cosas en el día de reposo (Mt. 12:10; Mc. 3:2; Jn. 5:16, 18; 9:16). Comió granos de trigo con sus discípulos (Mt. 12:1; Mc. 2:23; Lc. 6:1) que quizás fue lo único que había comido ese día. Sanó a un hombre con una mano seca (Mt. 12:13; Mc. 3:5; Lc. 14:4), libró a un hombre de demonios (Mc. 1:25; Lc. 6:10), remedió la espalda encorvada de una mujer (Lc. 13:12), hizo posible que un hombre paralítico caminara (Jn. 5:9) e hizo posible que un ciego viera la luz del día (Jn. 9:14). El Señor del día de reposo, una y otra vez, mostró espléndida compasión en ese día. Algo que la ley, ni mucho menos los religiosos de su tiempo, podían brindar.

Cristo con mucha paciencia, les pidió que consideraran ciertas cosas que debían de hacerse aún en el día de reposo. Una oveja o un buey caídos en un pozo, no podían ser abandonados allí (Mt. 12:11; Lc. 14:5). Un buey o un asno sediento, no iban a dejarse amarrados sin ser llevados a beber agua (Lc. 13:15). La ternura del Creador no permitiría eso para sus criaturas, mucho menos si éramos nosotros en nuestra necesidad espiritual. Nos sacó del pozo en el que estábamos y nos quitó la sed que teníamos con el agua viva que nos dio a beber.

En su vida guardó el día de reposo como ningún Judío podía hacerlo. También notamos al concluir, que aquel día también

se observó en su muerte y sepultura. Las piernas de los dos malhechores fueron quebradas porque se acercaba el Sábado (Jn. 19:31); más no lo hicieron con Cristo, porque ya había muerto. Las mujeres, aquellas fieles seguidoras del Señor, compraron especias aromáticas y visitaron el sepulcro muy temprano el Domingo, el día después del día de reposo (Mt. 28:1; Mc. 16:1; Lc. 23:56).

Quinto Mandamiento

“Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.” (Éx. 20:12)

Al repasar la lista, llegamos a la mitad de los mandamientos escritos por el dedo de Dios sobre las tablas de piedra. El quinto mandamiento tenía que ver con la responsabilidad del hijo judío hacia sus padres. Hemos ido notando cómo el Señor Jesús cumplió con cada uno de los mandamientos - y en este- no fue la excepción.

Dios puso su mirada en una joven que llevaba el hermoso nombre de María y que vivía en la repudiada Nazaret para traer a este mundo a Jesucristo. Era piadosa, conocedora de las Escrituras, dada a la oración y con un corazón que derramaba continua adoración a Dios. Sabemos menos de José que de María, pero lo que sí se nos dice de él, es que también era un hombre entregado a Dios. Pero ambos - como toda otra persona- eran pecadores, con faltas y defectos.

Es precioso pensar en el Señor honrando a su Padre; pero también es asombroso considerar cómo se sujetó a sus padres que Dios le dio aquí en la tierra (Lc. 2:51). A pesar de sus imperfecciones, Cristo siempre respetó y obedeció a José y a María. Hebreos 5:8 nos dice que “aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.” Algo de eso fue quizás tener que sujetarse a los padres que tuvo aquí.

Juan es el único de los cuatro evangelistas que nos narra la

máxima prueba de la honra que Cristo mostró a su madre. Cuando el Señor padecía sobre el madero, Juan nos dice que el Señor le pidió que llevara a su madre a su hogar para cuidar de ella (Jn. 19:26, 27). En vez de pensar únicamente en sus sufrimientos, se aseguró de que su madre recibiese la mejor atención y cuidado posible.

El otro aspecto de la obediencia de Cristo a sus padres, es que nunca antepuso su honor a ellos por encima de sus responsabilidades a Su Padre celestial. Cuando le cuestionaron a los doce años sobre el por qué de haberse quedado en el templo, Él les aclaró que le era necesario atender los negocios de su Padre (Lc. 2:49). Pasan algunos años y del templo nos vamos a una boda en Caná. Se presentó la imperiosa necesidad de más vino y María se lo comunicó, lo cual Él dijo que su hora no había llegado (Jn. 2:4). En vez de convertir el vino por el dicho de su madre, Él lo iba a hacer cuando su Padre se lo indicara. Este hecho debería de convencer a los devotos a María que Cristo no estaba a la par de ella, sino por encima de ella.

Las excelencias de la perfección de Cristo, la podemos resaltar, en cómo fielmente guardó el quinto mandamiento de las tablas de Moisés al sujetarse a José y María. En la ley, el hijo rebelde debía de ser puesto a muerte (De. 21:18-21). Esto nunca iba a aplicar para Cristo. Gracias a Dios por su Hijo obediente.

Sexto Mandamiento

“No matarás.” (Éx. 20:13)

¿Homicida él? Suena hasta inapropiado hacer la pregunta, pero la malévolamente cruda ejercida en su muerte, haría parecer que había cometido algún crimen deplorable. Tenemos plena seguridad de que con cada uno de los mandamientos, Cristo no pecó, y que le era imposible pecar. Mientras la ley expone nuestra tenebrosa maldad; la ley resplandece la radiante pureza de Cristo.

Hubieron ocasiones en las que el Señor pudo haber actuado justamente al quitar la vida, que él mismo había dado, pero no lo hizo. Por tanta maldad en el mundo, pudo haber venido a condenar al mundo, más vino a salvar al mundo (Jn. 3:17). Al ser arrestado en el Getsemaní, pudo haber pedido que Dios le enviara una legión (3,000-6,000) de ángeles para que fulminaran a los opositores que lo crucificarían, más no lo hizo (Mt. 26:53). El Señor no recurrió a ningún auxilio a su disposición para evitar la cruz por la intención firme que tenía de padecer por los pecados del mundo.

Hizo todo lo contrario a quitar la vida: le dio vida a los que habían sucumbido a la muerte. Hay tres casos en los que el Señor resucitó a muertos que evidencian su ilimitado poder. En Mc. 5 resucitó a la hija de Jairo que acababa de morir. En Lc. 7 resucitó al hijo de una viuda en Naín que ya llevaban a sepultarlo. En Jn. 11 resucitó a Lázaro quien ya tenía cuatro días de haber muerto. Nos consuela observar cómo no hay

nada imposible para el Señor. Él dijo de sí mismo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.” (Jn. 11:25)

Uno no tenía que matar a alguien para ser culpable de homicidio. El Señor enseñó que este mandamiento también se quebranta cuando uno se enoja contra su hermano (Mt. 5:21, 22). En este otro sentido, Cristo tampoco faltó a la ley de Dios. Él siempre mostró ser manso y sobrio. Nunca permitió que las circunstancias a su alrededor alteraran su forma de ser. ¿Cómo explicamos cuando el Señor fue al templo y sacó a los vendedores con sus animales, volcó las mesas de los cambistas y esparció las monedas? El Señor aún en esa ocasión no perdió el control de su carácter. Se condujo de esa manera por el celo que tenía a la casa de Dios. Cristo ejemplifica perfectamente lo que escribió Pablo: “Airaos, pero no pequéis...” (Ef. 4:26)

Hemos notado seis mandamientos en las tablas de Moisés, y en ninguno de ellos, hemos podido encontrar que el Señor los haya transgredido. Él sin duda merece toda nuestra adoración.

Séptimo Mandamiento

“No cometerás adulterio” (Éx. 20:14).

Como los sacerdotes de la antigüedad que examinaban los animales que eran sacrificados, hacemos lo mismo con el Señor, y encontramos en todo su ser: castidad, integridad y santidad.

Cristo era completamente incapaz de cometer este y cualquier otro pecado. No podía ni imaginarlo porque en su mente únicamente hubieron pensamientos limpios. Démosle gracias a Dios que él encontró en su Hijo: el justo que daría su vida por los injustos (1 Pe. 3:18).

La perfección de Cristo es un tema recurrente las Escrituras. Es algo de lo cual los profetas profetizaron, los salmistas compusieron, los evangelistas narraron y los apóstoles enseñaron. Con la ayuda de Dios quiero presentarle la santidad de Cristo en los Salmos bajo tres encabezados. Todas las referencias serán de ese libro.

Pureza en su vida

El Diablo le tentó pidiéndole que se lanzara del templo para que ángeles lo rescataran (91:11, 12). Cristo no cedió sino que pisó sobre el león para derrotarlo (91:13) y así triunfar sobre él, manteniendo su santidad.

El varón bienaventurado al inicio del libro es nuestro Señor.

Su integridad lo llevó a no andar en “camino de pecadores” ni a sentarse “en silla de escarnecedores” (1:1).

Pureza en su muerte

El Señor describió sobre la cruz el claro rechazo que sintió. “Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa; se han hecho poderosos mis enemigos, los que me destruyen sin tener por qué” (69:4). No había una causa y no había un por qué de todo lo que le hicieron. Aún en las horas de tinieblas cuando llevaba el pecado del mundo, su perfección se mantuvo intacta.

Al ser bajado de la cruz, fue sepultado y al tercer día triunfó sobre la muerte. Su resurrección le declaraba al mundo que no había muerto por pecado suyo, sino por el nuestro. “No dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción.” (16:10)

Pureza en su reino

Los reinos de los hombres se caracterizan por corrupción e injusticia. Nuestra vista queda encandilada cuando contemplamos la gloriosa pureza que marcará el reino de Cristo.

Estudiamos las manos de nuestro Rey, y aparte de llevar las heridas de la cruz, vemos que son manos limpias (24:4). Nos preguntamos, ¿qué será ser gobernados por un Rey que es “puro de corazón” (24:4)?

Juzgará con justicia (72:2). El cetro que tendrá será “cetro de justicia” (45:6). Su trono estará cimentado sobre justicia (97:2). La verdad y la misericordia de Dios estarán en él (89:24). Nosotros tendremos la dicha de alabar a nuestro Rey “en la hermosura de la santidad” (110:3).

¡Gloria a Dios por la perfección de el Hijo de su amor!

Octavo Mandamiento

“No hurtarás.” (Éx. 20:15)

El 8º mandamiento, al igual que los 7 anteriores, nunca pudo haber sido quebrantado por el Señor. Él jamás habría tomado lo que no era suyo; sin embargo, es llamativo reconocer que él sí sufrió el hurto. Judas descaradamente robaba de la bolsa del Señor y de sus discípulos (Jn. 12:6). De igual manera sufrió este agravio, cuando los soldados le despojaron de sus vestiduras al crucificarle (Sal. 22:18; Jn. 19:23). Posiblemente eran las únicas pertenencias que aquí tuvo. Usted quizás ha sentido lo amargo que es ser robado de algo. No olvide que el dueño del ganado sobre miles de collados (Sal. 50:10) perdió lo poco que tenía al estar aquí.

Llama la atención que el Señor durante su crucifixión habló del robo. Al estar padeciendo, preguntó: “¿Y he de pagar lo que no robé?” (Sal. 69:4). Él no robó, mas sufría como alguien que lo había hecho. La palabra “pagar” es la misma que se emplea en la ley al hablar de la restitución. El que hurtaba tenía que restituir o devolver lo que había tomado y aún añadir una quinta parte (Lev. 6:4, 5). Nosotros sabemos que el Señor no tenía nada que restituir porque él no había tomado nada. El Señor le estaba pagando a Dios los daños que nosotros habíamos cometido. Por eso al consumir la obra, él dijo: “Consumado es” (Jn. 19:30). Era un término de contabilidad de ese tiempo que significa: “pago completo”.

El Señor nos ayude a hacer memoria de él mañana, si él no

ha venido, y que dignamente le demos gracias por el pago que hizo por nosotros.

Gloriarme no podría ya.
¿Qué soy? ¿De dónde vengo?
Mi gloria en la cruz será:
es todo lo que tengo.
¿He de ganar por su sufrir?
¡Jamás podré explicarlo!
El monto que debía cubrir,
Jesús vino a pagarlo.

Noveno Mandamiento

“No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.” (Éx. 20:16)

El penúltimo mandamiento nos permite pensar en las palabras de nuestro Señor. Aún en su hablar notamos una singular perfección. Nunca habló lo que no debió haber dicho. Escuchamos sus palabras y cómo las dijo al estar aquí, y podemos decir de él, lo que dijo la mujer Sulamita de Salomón: “Sus labios que destilan mirra fragante. Su paladar dulcísimo...” Cnt. 5:13, 16

Las palabras de Cristo fueron:

1. Palabras placenteras

“La gracia se derramó en tus labios” Sal. 45:2

2. Palabras sinceras

“ni hubo engaño en su boca.” Is. 53:9

3. Palabras congruentes

“les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.” Mt. 7:29

4. Palabras vivas

“Tú tienes palabras de vida eterna.” Jn. 6:68

5. Palabras incomparables

“¡Jamás hombre alguno ha hablado cómo este hombre!” Jn. 7:46

6. Palabras guiadas

“el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir” Jn. 12:49

7. Palabras soberanas

“su voz como estruendo de muchas aguas.” Ap. 1:15

¿Has pensado en lo primero que le dirás al Señor cuando le veamos? ¿Qué será lo primero que él nos diga a nosotros? Mañana pudiese ser la última vez que cumplamos con el Partimiento del pan. El Señor viene y entonces oiremos esa dulce voz y sus hermosas palabras por primera vez.

Décimo Mandamiento

“No codiciarás” Éx. 20:17

Lo que Pablo le escribe a los Corintios resume lo que queremos considerar sobre Cristo el día de hoy. “Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico...”

2 Co. 8:9

El Señor vivió una vida en Israel con carencias materiales difíciles de poder calcular y comprender. En su afán de sacrificarse por la humanidad, aceptó la vida que tuvo y jamás codició.

Desde su nacimiento vemos su pobreza. Por causa del censo, José al ser de Belén, tuvo que viajar a la ciudad de David junto con María quien pronto daría a luz. Habrán tenido familia en el pueblo. ¿No había alguien que los pudiese recibir y darle un lugar decente a María para que diera a luz? Al parecer no hubo porque tuvieron que buscar hospedarse en un mesón. Imagínate regresar a tu pueblo natal y que tus familiares y conocidos no estén dispuestos a recibirte. Juan escribe de Cristo: “Los suyos no le recibieron” (Jn. 1:11). Con una gran pena salieron hacia el mesón, pero al llegar se enteraron de que tampoco había lugar para ellos allí. Me queda la duda si realmente no había lugar o si había lugar pero no para ellos. La noche iba avanzando y María se acercaba más a su alumbramiento. José sin otra alternativa tuvo que dirigir a su esposa a donde estaban empesbrados animales. Mientras otros descansaban en sus casas y en el

mesón, ellos tuvieron que acomodarse entre animales. La hora había llegado: el Salvador del mundo iba a nacer. Sin nadie que los ayudara, el Señor llegó al mundo. María lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre. No en una hermosa cuna, sino en un comedero para animales del campo. Con razón Pablo escribió: “se hizo pobre”.

La pobreza de José y María era muy notoria porque cuando llevaron al Señor a presentarlo al templo a los 40 días de nacido; no les dio para comprar un cordero, sino que tuvieron que ofrendar dos tórtolas o palominos, siendo la ofrenda de los pobres (Lc. 2:24).

Al tener unos dos años de edad, Herodes ordenó a que todos los bebés de esa edad fuesen asesinados. Un ángel le dijo a José que huyera con su familia a Egipto. Ahora tenían que irse a un país donde no conocían a nadie y sin tener un ingreso asegurado. Por eso Dios puso en el corazón de unos magos que viajaran desde el oriente siguiendo aquella estrella. Ellos le trajeron al Señor: oro, incienso y mirra. Dios de esa manera proveyó para su amado Hijo, y para José y María. Es el mismo Dios que proveerá para nosotros.

La estancia en Egipto terminó y regresaron a Israel, pero ahora para vivir en Nazaret. Sabemos que José era carpintero (Mt. 13:55) y que el Señor también se ocupó con ese oficio (Mr. 6:3). Nazaret no era un ciudad grande, era un pueblo pequeño al norte de Israel. ¿Cuánto trabajo pudo haber habido en un lugar así? No comprendemos cómo el dueño de todo vino a nacer en un establo, para después trabajar en un pequeño taller de carpintería en la despiadada Nazaret.

Su pobreza también la vemos durante sus años de servicio a Dios. Poco antes de morir él dijo: “Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.” (Mt. 25:42, 43) Casa no tuvo. Él dijo de sí mismo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del

Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.” (Lc. 9:58) Bienes no tuvo. Le enseñó a sus discípulos que salieran a predicar sin alforja, pan, dinero ni dos mudas de ropa (Mr. 6:8, 9). Para pagar el impuesto mandó que pescara Pedro un pez que en su boca traería la moneda que necesitaba (Mt. 17:27). Para que orara, se le prestó un huerto de olivos; y para que entrara por última vez a Jerusalén, se le prestó un pollino.

Concluimos al pensar en su pobreza en su muerte. Una mujer con mucha devoción y dedicación le costuró al Señor una túnica que era de un solo tejido de arriba abajo (Jn. 19:23). Quizás era lo que único que le perteneció aquí en la tierra. Los soldados bruscamente le despojaron de sus vestiduras y echaron suertes sobre ellas, para ver quien se las llevaría a casa. El que será Rey de Reyes, en aquel día, su trono fue una cruz; no llevó vestiduras reales, colgó desnudo; su corona fue de espinas; y en sus manos, lejos de llevar un cetro, habían clavos.

Aquél que sufrió tanta pobreza por nosotros, es digno que mañana hagamos memoria de él. Dios nos ayude a que nuestra experiencia sea la del salmista que escribió: “Dulce será mi meditación en él...” (Sal. 104:34)

Cristo, el Siervo

Éx. 21:1-6 establece las leyes en relación a los siervos y el tiempo que debían de servir. Queremos considerar a través de esto al Señor como siervo. En él vemos que es:

Un siervo singular

Los siervos obtenían ese oficio involuntariamente. Algunos vendían su libertad por ser muy pobres (Lev. 25:39), otros eran comprados al no poder pagar una deuda (2 Re. 4:1) y los ladrones al no poder pagar la restitución (Éx. 22:3, 4). Cristo es un siervo singular- distinto a cualquier otro- porque voluntariamente tomó forma de siervo (Fil. 2:7).

Un siervo acompañado

El siervo que entraba soltero o ya casado, podía salir al haber servido seis años. Otra ley aplicaba para aquellos que habían recibido mujer e hijos de su amo. Hay varias cosas que Dios le ha dado y le dará a su Hijo para exaltarlo. Un día le dará a su Hijo una esposa, la cual somos nosotros, su iglesia (Ap. 19:7-10) y le acompañaremos siempre.

Un siervo amoroso

En el séptimo año de su servicio, el siervo debía de escoger salir libre o quedarse para servir por amor a su amo, su esposa e hijos. Decían: "Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre." Jesucristo como siervo se sujetó y

sufrió por amor a su Dios y a su esposa. “Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella.” (Ef. 5:25)

Un siervo marcado

Al decidir quedarse, era llevado ante los jueces, quienes lo paraban cerca de un poste o una puerta y tomaban una lesna y horadaban su oreja. Su decisión resultaba en sentir aquel dolor y vivir el resto de su vida con esa marca en su piel. Cristo abrió su oído en perfecta sujeción a Dios como siervo. “Has abierto mis oídos” (Sal. 40:6). “Despertará mi oído para que oiga... Jehová el Señor me abrió el oído (50:4, 5). Su obediencia le llevó a la cruz, dejándole heridas eternas como las de un cordero recién inmolado.

Un siervo fiel

El que decidía quedarse, fielmente tenía que servirle a su amo por el resto de su vida. Ningún siervo ha mostrado la sujeción y la constancia a su amo, como lo ha hecho nuestro Señor. Él dijo en cuanto a su servicio a Dios: “yo no fui rebelde” (Is. 50:5). Ni una sola desobediencia. Se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” (Fil. 2:8)

Arca del Pacto y Propiciatorio: Cristo, mi Propiciación

En el trazo muy sencillo que hemos estado haciendo de encontrar a Cristo en los libros de Moisés; ahora nos corresponde hacerlo en el tabernáculo, iniciando con el arca del pacto y el propiciatorio.

Este mueble, ubicado en el lugar santísimo, era el trono de Dios y estrado de sus pies (Lm. 2:1) al habitar entre la nación de Israel en los días de Moisés hasta los de Salomón.

El arca era hecha de madera de acacia cubierta de oro. Nos dicen que la madera de acacia es una madera que no fácilmente se pudre. En el tabernáculo, cuando leemos de estos dos materiales, podemos pensar en que la madera de acacia nos habla de la naturaleza incorruptible del Señor, y el oro de la gloria de su deidad. “Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne...” (1 Ti. 3:16)

Las medidas del arca eran de: dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y codo y medio de alto. (Equivale aprox. a 50 cm). Las tres medidas con las unidades a la mitad, quizás pueda hacernos pensar en el conocimiento limitado que tenemos de Cristo. Lo que dijo la reina de Sabá de Salomón, con más razón lo decimos nosotros de Cristo: “mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad” (1 Re. 10:7).

En la parte inferior llevaba una moldura en forma de corona. No podemos pensar en una corona y no recordar la que llevó

en su cabeza en su muerte. Fue una corona que le causó dolor y vergüenza. La cornisa que llevaba el arca, nos hace mirar a otra corona del Señor. Es la corona de gloria que Él ha recibido en el cielo (He. 2:9). El andar perfecto de Cristo lo podemos mirar en los anillos y en las varas que tenía para ser transportado de un lugar a otro.

Arca es la palabra “cofre”. La Palabra de Dios nos muestra que en el arca se guardan tres cosas muy especiales. Estaban adentro: las tablas de la ley dadas a Moisés (Éx. 25:21), que nos hablan de la obediencia de Cristo; contenía también una vasija con maná (Éx. 16:33, 34), en eso vemos la satisfacción que Cristo nos brinda; y llevaba la vara de Aarón que reverdeció (Núm. 17:10), que nos representa la gloriosa resurrección de nuestro Salvador.

Cuando el arca era movida de un lugar a otro, era cubierta con el velo que separaba el lugar santo del santísimo, encima del velo iba la cubierta de pieles de tejones y encima de todo iba un paño azul (Nm. 4:5, 6). El velo representa el cuerpo de Cristo (He. 2:9), las pieles de tejones: que el hombre no vio atractivo en Cristo (Is. 52:14) y el paño azul: el Señor viniendo a nosotros del cielo.

El propiciatorio iba encima del arca, era lo que cubría su contenido. Era de oro fino y medía dos codos y medio de largo y codo y medio de ancho. No se nos da su altura. Quizás porque es imposible calcular la infinita santidad de Dios. Dos querubines labrados a martillo iban en sus dos extremos con sus alas extendidas. En la Biblia, observamos que estos seres tienen la responsabilidad de proteger la gloria del trono de Dios.

En la fiesta de la expiación, el sumo sacerdote entraba al lugar santísimo para rociar sangre sobre el propiciatorio para que se hiciese expiación por el pecado de Israel (Lv. 16). Propiciación significa: “aplacar, satisfacer y cubrir”. En algunas traducciones, este mueble es llamado “la silla de las

misericordias". A través de su muerte en la cruz y su sangre derramada, el Señor es nuestra propiciación (Ro. 3:24, 25; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10). El publicano estando en el templo donde estaba el propiciatorio (Lc. 18) dijo: "Dios se propicio a mí pecador..." Nosotros podemos tener acceso a la presencia de Dios y podemos gozar de que nuestros pecados han sido quitados, en base a la sangre de nuestro Señor.

Mesa con los Panes: Cristo, mi Satisfacción

El sacerdote al entrar al lugar santo, a mano derecha, veía una mesa muy llamativa. Era hecha de madera de acacia cubierta con oro puro. Llevaba dos molduras a su alrededor, y cuatro anillos en cada una de sus esquinas, en donde metían las varas cuando debía de ser transportado. Sobre la mesa, siempre habían doce panes acomodados en dos hileras. No leemos que habían sillas.

Los panes indicaban que Dios anhelaba tener comunión con cada una de las doce tribus. Él continúa queriendo tener esa misma comunión con su pueblo (Ap. 3:20), y lo hace hoy en día a través de su Hijo, cuando meditamos en él, comiendo del “Pan vivo” y “Pan de vida” (Jn. 6:35, 48, 50).

Los panes se llamaban “pan de la proposición” (Éx. 25:30; 35:13; 39:36) porque eran puestos en presencia de Dios para su disfrute. Consideremos en los panes, lo que Dios contempla en su Hijo.

Dios pidió que los panes fueran puestos delante de él “continuamente” (Éx. 25:30). En la eternidad y durante su vida aquí en la tierra, Dios continuamente se ha deleitado en su Hijo. Dios quiere que nosotros constantemente estemos aprendiendo más del Señor. No tenemos por qué ser repetitivos en nuestras oraciones en el Partimiento del pan. Con todo lo que hay en la Palabra acerca de Cristo, siempre deberíamos de poder ofrecer a Dios algo nuevo.

Los panes eran puestos en “orden” sobre la mesa (Éx. 40:23). Habla de un Dios de orden pero también de un Dios que podía mirar y examinar atentamente los panes. Los hombres acusaron al Señor Jesús de muchas cosas, más Dios podía mirar hasta lo más profundo e íntimo de su Hijo, y únicamente veía perfección.

Los hijos de Coat tenían la responsabilidad de cocer los panes (1 Cr. 9:32). Con mucho cuidado los preparaban y los llevaban al lugar santo cada día de reposo (Lv. 24:8). Los panes al ser cocidos, nos hacen pensar en Dios recibiendo un disfrute incalculable de lo que su Hijo sufrió al haber sido castigado por su ira a causa de nuestros pecados. La palabra “proposición” tiene que ver con algo que es traspasado. Quizás los panes eran traspasados, y eso sin duda nos hace pensar en el que fue horadado y traspasado. Los panes eran puestos sobre la mesa con “incienso puro, y será como perfume, ofrenda encendida de Jehová” (Lv. 24:7). Toda lo relacionado con el Señor, de igual manera fue como una aroma sumamente agradable que subía a la presencia de su Dios.

Nosotros también podemos encontrar en Cristo una satisfacción que nada ni nadie en este mundo nos puede dar. Así como los sacerdotes comían el pan (Lv. 24:9), nosotros debemos de alimentarnos en Cristo y así hacer memoria de él para su honra.

Cito a John Darby en uno de sus himnos que escribió:

Este mundo jamás me dará
lo que en Cristo al fin encontré;
un desierto vacío será,
nada aquí de valor hallaré.

“Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre...” (Jn. 6:35)

Candelero: Cristo, mi Luz

Dios diseñó el tabernáculo sin ventanas. La luz que alumbraba a los sacerdotes para que trabajaran en el lugar santo, provenía de un candelero. Estaba ubicado al lado sur del tabernáculo, al lado opuesto de la mesa con los panes.

Material

Fue hecho de un talento de oro puro. Parece ser que era la medida de mayor peso que manejaban los Hebreos. En el oro vemos la gloria de la deidad de Cristo; y al ser de un talento, la medida de mayor peso, nos hace pensar en la supremacía de nuestro Señor.

Detalles

Bezaleel, Aholiab y sus ayudantes fueron llenos del Espíritu de Dios para hacer todo el trabajo en la construcción de la morada de Dios. Recibieron ayuda de Dios para poder hacer el candelero, con todos sus detalles, labrados a martillo, de una sola pieza. Los sufrimientos vicarios del Señor Jesús vienen a la mente cuando nos imaginamos el oro siendo puesto por el fuego y siendo martillado para darle forma al candelero.

Del pie que tenía salían seis brazos, y por lo tanto tenía siete lámparas. El número siete en la Biblia resalta la perfección de

Dios. En este caso, vamos a notar que representa la perfección de Cristo como la luz del mundo. La santidad de Cristo también es resaltada en el hecho de que este mueble es llamado el “candelero limpio” y “puro” (Éx. 31:8; 39:7).

El candelero llevaba seis brazos: tres brazos de un lado y tres en el otro. No podemos cesar de admirarnos del perfecto equilibrio que notamos en la vida de Cristo. Mostró perfecta fidelidad hacia la verdad y hacia la gracia (Jn. 1:14, 17). Hemos algunos que en ocasiones quizás mostramos la verdad, más sin la gracia, y viceversa. Esto nunca sucedió con nuestro Salvador.

Cada brazo tenía tres copas en forma de flor de almendro, una manzana y una flor. La caña central iban cuatro copas con los mismos diseños. Jamás pudiéramos medir la fructífera vida de nuestro Señor. Impactó las vidas de muchas personas al estar aquí y lo sigue haciendo con millones de millones que le han confesado como Salvador y Señor. “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho...” (Is. 53:11)

Cada par de brazos tenía una manzana que los sostenía y por lo tanto cada lado tenía tres manzanas. Notamos el tres como el número de la trinidad. Es grato pensar en la actividad de la trinidad en la vida Cristo y también en nuestra salvación.

Función

Como ya mencionamos, el candelero alumbraba el santuario de Dios. Tenía siete lamparillas que daban la luz al tener aceite. El aceite nos hace pensar en el Espíritu Santo, y en este caso, en su relación muy cercana con el Señor. Se ofreció a Dios a través del Espíritu, fue concebido por obra del Espíritu en el vientre de María, el Espíritu descendió sobre él al ser bautizado, realizaba milagros en el poder del Espíritu, fue llevado al desierto por el Espíritu cuando fue tentado.

La función del candelero nos deja pensando en Cristo, quien pasó por las tinieblas sobre la cruz, siendo aquella luz que ha iluminado nuestras vidas y nuestro servicio a Él.

“Con que nos visitó desde lo alto la aurora, para dar luz a los que habitan en tinieblas...” (Lc. 1:78, 79)

“Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.” (Jn. 9:5)

Cristo en las Cortinas y Cubiertas del Tabernáculo

Éx. 26:1-14; 35:25, 26; 36:8-19; 40:19

En el partimiento del pan hay cinco símbolos que deben ser vistos: hermanos bautizados, pan, copa, cabeza cubierta de las hermanas y cabeza descubierta de los hermanos. Hoy en día hay personas que niegan la necesidad de que las mujeres cubran su cabeza al reunirse la iglesia porque argumentan que era algo cultural en Corinto. El estudio del tabernáculo nos hace ver que mucho antes de que hermanas en Corinto cubrieran sus cabezas, Dios muestra la importancia que él le da a las cubiertas en relación a su presencia.

David dijo al profeta Natán: “el arca de Dios está entre cortinas... el arca del pacto de Jehová debajo de cortinas” (2 S. 7:2; 1 Cr. 17:1).

En el tabernáculo habían cuatro cubiertas que iban sobre un marco hecho de tablas, basas y barras. Daba la forma de algo parecido a una carpa. Las primeras dos son llamadas cortinas y la otras eran cubiertas. Iban en el siguiente orden: cortina de lino torcido con azul, púrpura y carmesí, cortina de pelo de cabra, cubierta de pieles de carneros y cubierta de pieles de tejón o foca. La palabra para tejón y foca en Hebreo es muy similar. Pudiera haber sido piel de foca ya que era un animal común en el Mar Rojo y de esa piel Dios calzó a Israel (Ez. 16:10). Difícil pensar que podía ser piel de tejón ya que en Israel era considerado inmundo.

Cortina de lino torcido con azul, púrpura y carmesí

Estaba hecha de una tela que hacían al tejer (“torcido”) usando hilos de fibras muy finas del tallo de la planta de lino. Al tejerlo, ponían la tela al sol para que quedara completamente blanco. La blancura del lino nos lleva a pensar en la pureza de nuestro Amado. Eran 10 cortinas que iban lazadas para formarla toda. El número 10 en la Biblia habla de responsabilidad. Por ejemplo: los 10 mandamientos. Hemos pensado ya en semanas atrás en el Señor obedeciendo perfectamente la ley de su Dios. Las cortinas iban unidas por lazadas de azul en la orilla y por corchetes de oro. Encontramos en eso la perfecta combinación en Cristo de su humanidad y deidad.

Esta cortina era blanca pero también llevaba otros tres colores, haciéndola muy llamativa. Tenía: azul, que representa a Cristo viniendo del cielo; púrpura, el color de la vestimenta de rey recalca la realeza de Cristo; y carmesí, que trae a nuestras mentes la sangre derramada por el Señor. La cortina era de obra primorosa (excelente, delicado, perfecto) porque llevaba también el diseño de querubines representando la santidad exigida por Dios en su morada.

Cortina de pelo de cabra

Encima de la cortina de lino fino, iba la cortina de pelo de cabra. Esta cortina estaba compuesta por 11 cortinas. La sexta era doblada al frente para que fueran 10. El número 11 en la Biblia es asociado con la desobediencia. El obediente Hijo de Dios jamás mostró eso en su vida. Las 11 cortinas las podemos acomodar en dos grupos: un grupo de 6 cortinas y el otro de 5 cortinas. En la Palabra de Dios, el número 6 representa al hombre y el 5 a la gracia de Dios. Llegamos al Partimiento del pan y debemos asombrarnos de la gracia de Dios a pesar de nuestros pecados. Muchos fueron nuestros

pecados, pero más fue la gracia de Dios. “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Rm. 5:20).

Lo más probable es que la piel era de color negro porque ese era el color más común en las cabras en esa región (Cnt. 1:5). El color en sí nos hace pensar en el pecado. La cabra en la Biblia es relacionada con sacrificios hechos por el pecado. De manera que la cortina de pieles de cabra también nos guía a meditar en los sufrimientos de Cristo por causa de nuestras imperfecciones (2 Co. 5:21; 1 Pe. 2:24).

Estas cortinas estaban unidas por 50 lazadas y 50 corchetes de bronce. El bronce en el tabernáculo representa el juicio de Dios sobre el pecado. No eran de azul o de oro, si no de bronce. Concuera con lo que hemos explicado sobre el juicio por el pecado hecho a través de un sacrificio.

Cubierta de pieles de carneros teñidas de rojo

El carnero es relacionado con la consagración de los sacerdotes y era llamado el “carnero de la consagración”. Cristo estaba tan deseoso de entregarse a Dios y a su voluntad que sus primeras palabras al venir al mundo fueron: “He aquí que vengo oh Dios, para hacer tu voluntad...” (He. 10:7). Antes de morir, su deseo no menguó porque postrado en un huerto de olivos le dijo a su Padre: “no se haga mi voluntad, sino la tuya.” (Lc. 22:42).

Las pieles de carneros tenían que ser teñidas en sangre. No era de ese color originalmente. Volvemos a pensar en la sangre virtuosa de Cristo derramada para purificación de nuestros pecados. El cambio de color en las pieles, hace pensar como el Cristo que Dios le envió al hombre fue muy diferente al que el hombre le regresó a Dios. “De tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer...” (Is. 52:14)

Cubierta de pieles de tejón o foca

Esta era la cubierta que iba encima de todas. El tipo de material de esta piel protegía al tabernáculo de las lluvias. Vemos aquí a Cristo llevando la ira de Dios para protegernos a nosotros de tener que sufrir. Esta piel tenía un color no llamativo. El hombre natural no ve en Cristo algún atractivo (Is. 53:2). Nosotros, como si fuera, podemos remover esta cubierta y sí logramos ver todas las excelencias llamativas de nuestro Salvador.

Cristo en las Tablas del Tabernáculo

Éx. 26:15-30; 36:20-34; 40:18

Tablas

En los lados Norte y Sur iban 20 tablas y en el Este iban 6 tablas con otras dos en las esquinas para darle estabilidad. Da un total de 48 tablas.

Las tablas medían 10 codos (5 m) de alto, 30 codos (15 m) de largo, 10 codos (5 m) de ancho y medio codo (50 cm) de grueso.

Eran de madera de acacia. Al ser una madera resistente, la podemos comparar a la incorruptibilidad de nuestro Señor. Es en un tema que estaba notando que enfatiza Juan en su primera carta. Refiriéndose a Cristo escribe: “el justo” (2:1), “él es justo” (2:29; 3:7), “él es puro” (3:3), “no hay pecado en él” (3:5). La perfección de Cristo también la notamos en el hecho de que las tablas tenían que estar derechas. No había imperfección en él, ni ninguna desviación de la santidad de Dios.

Las tablas fueron cubiertas de oro. Hemos ya notado que el oro en el tabernáculo nos hace pensar en la deidad de Cristo. Tenemos que ser firmes en esta doctrina que es constantemente atacada por Satanás. Cristo siempre ha sido y siempre será Dios. El hecho de que sea el Hijo de Dios no le quita absolutamente a su deidad. El significado de su hermoso nombre Emanuel hace claro esto: “Dios con nosotros”.

Espigas

Cada tabla llevaba dos espigas para unir las la una con la otra. La palabra espigas en el Hebreo es “manos”. Sin duda, las espigas eran como manos para que las tablas se agarraran la una con la otra. También servían para darle firmeza a la estructura. Así también hay dos grandes verdades que nos unen y que son lo que nos permite encontrar firmeza: la muerte de Cristo y su resurrección.

Esquinas

En la parte de atrás del tabernáculo, aparte de seis tablas, iban dos más en las esquinas de forma diagonal. Esto permitía que la estructura obtuviese de igual forma firmeza y estabilidad. Podemos quizás ver a Cristo como la piedra angular. Pedro nos confirma que la profecía de Isaías 28:16 es en referencia a Cristo quien es la la “piedra de ángulo, escogida, preciosa... la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a la cabeza del ángulo” (1 P. 2:6, 7).

Goznes

Las dos tablas de las esquinas llevaban un gozne o anillo para unir las tablas desde abajo hasta arriba. Esto también le daba rigidez a la estructura. Tenían una función importante pero no estaban a la vista por cómo iban. Imagina por un momento todos los años que Cristo pasó en Nazaret antes de salir a predicar de los cuales la Biblia no nos dice nada. Estoy convencido que aunque no sabemos nada, Cristo trajo a Dios en ese tiempo el mismo placer que cuando salió a predicar y de lo cual sí se nos habla de eso.

Basas

Cada tabla se apoyaba sobre dos basas (base, pedestal). De manera que si habían 48 tablas, eso significa que habían 96 basas. Habrán sido de buen tamaño las basas porque estaban hechas de un talento de plata (Éx. 38:27). Un talento equivale a aproximadamente 40 kg. Tenemos que notar que la plata había sido ofrendada por el pueblo como el “dinero de las expiaciones” (Éx. 30:11-16). Cada persona de 20 años para arriba ofrendó medio siclo de plata. La plata en el tabernáculo representa nuestra redención. Las tablas paradas sobre las basas nos puede hacer pensar en nuestra posición que tenemos “en Cristo” como redimidos suyos por su sangre.

Barras

Concluimos con las barras. Las 48 tablas, iban encima de 96 basas sostenidas por 5 barras de oro en sus dos lados y en la parte posterior. Las barras pasaban por en medio de las tablas, de un extremo al otro. 5 es el número de la gracia de Dios, en este caso, la gracia de Dios que nos sostiene. Las barras nos pudieran hacer pensar también en cómo Cristo es el que nos une como pueblo suyo. Mañana disfrutaremos de la comunión con Cristo, pero también de la comunión con nuestros hermanos en la fe.

Cristo en el Velo del Tabernáculo

Éx. 26:31-37; 36:35-38

En el santuario de Dios habían dos velos. Uno estaba en el interior; y el otro en el exterior. El velo exterior hacía separación entre el atrio y el lugar santo; el velo interior hacía separación entre el lugar santo y el lugar santísimo. El velo exterior es llamado: “puerta del tabernáculo” (Éx. 26:36) y “velo del frente” (Éx. 39:34).

Ambos velos eran de azul, púrpura, carmesí y lino torcido. Los cuatro colores coinciden con el énfasis que dan los evangelistas sobre Cristo. El azul es el evangelio de Juan quien escribe de la procedencia celestial de Cristo. El púrpura es el evangelio de Mateo que nos presenta la realeza de Cristo. El carmesí es el evangelio de Marcos que se enfoca en el servicio de Cristo. (Gusanos siendo apachurrados para dar color carmesí a la ropa hace pensar en la humillación de Cristo como siervo). El blanco del lino es el evangelio de Lucas que señala la perfección de Cristo, aún siendo el Hijo del hombre.

El velo interior era de obra primorosa porque llevaba diseño de querubines; el velo exterior era de obra de recamador o tejedor porque no llevaba diseño. Encontramos querubines sobre el propiciatorio, en la cortina de arriba y sobre el velo interior. Es llamativo notar el interés que muestran los ángeles en el Señor Jesús (1 Ti. 3:16).

El velo interior colgaba de ganchos de oro que iban en cuatro

columnas de madera de acacia cubiertas de oro. Estas columnas tenían basas de plata. El velo exterior colgaba de ganchos de oro que iban sobre cinco columnas. Estas columnas tenían basas de bronce. Por lo regular, entre más nos alejamos de la presencia de Dios en el tabernáculo, los materiales van disminuyendo en su valor (Por ejemplo: basas de oro y después basas de bronce). Las basas de plata son nuestra redención en Cristo y las de bronce son el juicio de Dios sobre él por nuestras maldades.

El escritor se está refiriendo al velo del templo- y no al del tabernáculo- cuando escribió en He. 10:20 “el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne” cuando fue rasgado (Mt. 27:51; Mr. 15:38; Lc. 23:45). Aún cuando ese el caso, el velo del tabernáculo también puede representar el cuerpo de Cristo. El velo siendo rasgado para darnos acceso a la presencia de Dios, nos hace meditar en los intensos dolores que el Señor sintió en su cuerpo. Cuando coma del pan, piense en el cuerpo de Cristo siendo rasgado como sucedió con el velo por todo lo que padeció.

Altar del Holocausto: Cristo, Mi Sustituto

Éx. 27:1-8; 38:1-7

En nuestra consideración del tabernáculo, hemos estado dentro del santuario, en el lugar santísimo y lugar santo. Hoy salimos al atrio para observar el altar del holocausto.

Hemos considerado a Cristo en cuatro muebles. Arca del pacto y propiciatorio: Cristo, mi propiciación; mesa con los panes de la proposición: Cristo, mi satisfacción; y el candelero: Cristo, mi luz. Para ayudarnos un poco con nuestra preparación para hacer memoria del Señor el día de mañana, hoy veremos en el arca del holocausto: Cristo, mi sustituto.

Nombres

i. altar de madera de acacia (Éx. 27:1)

ii. altar del holocausto (Éx. 30:28)

iii. altar de bronce (Éx. 3:30)

La palabra “altar” significa: “algo levantado o que asciende”. Esto refiriéndose a lo que era ofrecido sobre este mueble. Hace pensar en el Señor siendo levantado sobre un madero (Jn. 3:14; 8:28; 12:32-34). En el Griego, la palabra “altar”

significa: “lugar donde las víctimas son inmoladas”. No podemos sino pensar en el Gólgota, el lugar donde fue inmolado el Cordero de Dios.

Materiales

Hecho de madera de acacia cubierta de bronce. El altar al representar la cruz de Cristo , y al ser hecho de madera de acacia, nos hace maravillarnos de la perfección de Cristo aún cuando llevaba sobre sí los pecados de todos los tiempos. La acacia es una madera que difícilmente se corrompe. Hemos notado que el bronce en el tabernáculo simboliza el pecado siendo juzgado. Aquí es Cristo siendo juzgado con la penalidad de nuestro pecado.

Medidas

Medía 5 codos de alto, 5 codos de ancho y 3 codos de alto. Era en forma de un cuadrado. (Nota que en el tabernáculo habían diferentes figuras geométricas más no había el triángulo. Quizás por la importancia que se le daba en Egipto, de donde había salido Israel).

El número 5 en la Biblia es relacionado con la gracia de Dios. La máxima expresión de esa gracia es vista en la muerte de su Hijo. De los muebles que se nos dan las medidas (no tenemos medidas para la fuente y el candelero), el altar de bronce es el mueble más grande. Era tan grande, que todos los demás muebles podían caber dentro de éste. Esto también señala la inmensidad de la obra de Cristo en cruz.

El número 3 es sin duda relacionado con la Trinidad. Es hermoso leer acerca de un Dios trino obrando en la salvación de la humanidad mediante lo realizado en el Lugar de la Calavera.

Detalles

En sus esquinas habían cuatro anillos para colocar sus dos varas para transportar el mueble.

En sus esquinas iban cuernos de bronce. Sal. 118:27 indica que eran usados para atar a los animales que habrían de ser sacrificados. Aquí podemos notar la sujeción del Hijo a su Padre aún durante sus horas de gran angustia.

Dentro del altar iba colocado una rejilla sobre el cual iba lo ofrendado a Dios. Llegaba hasta la mitad del altar. De manera que los sacerdotes no veían el animal que era quemado sobre el altar, pero Dios sí podía mirarlos y disfrutarlos. Hay mucho que podemos apreciar de Cristo en cuanto a sus sufrimientos en nuestro lugar; pero también hay mucho que desconocemos y que solamente Dios puede apreciar de su Amado Hijo. Allá en su casa, nos enseñará por siempre cosas preciosas de su Hijo.

Ubicación

El altar se encontraba a la entrada del tabernáculo (Éx. 40:29), o sea que era el primer mueble desde la entrada hasta el lugar santísimo donde moraba Dios. La sangre derramada en este altar, permitía de cierta manera que el pueblo pudiera llegar a Dios. Heb. 9:22 enseña la importancia del derramamiento de sangre. Nosotros hoy en día disfrutamos de un acceso con más libertad que la que tuvo Israel y es por medio de la sangre de Cristo.

Función

Lv. 1-7 nos indica algunas de las ofrendas y los sacrificios

que eran quemados sobre el altar de holocausto. El fuego consumiéndolo las ofrendas y los sacrificios es similar a la ira de Dios que cayó sobre el Salvador durante aquellas horas de gran oscuridad. En el caso de la ofrenda por el pecado y por la culpa, los oferentes entendían que el animal estaba tomando su lugar en ese altar por causa de la maldad que habían cometido. El altar de bronce nos hace ver lo personal que es la obra de Cristo, que él es nuestro sustituto. Podemos decir como dijo Pablo de Cristo: “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20). Nosotros gozamos de un sustituto mucho mejor que todos los animales que fueron sacrificados en el antiguo pacto. “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios...” (He. 10:10-12). Gracias a Dios por el momento de salvación cuando entendimos que Cristo había muerto por nosotros, que había muerto por mí.

Utensilios

Veamos para concluir, cuáles eran los utensilios usados en el altar, sus funciones y cómo nos hablan de Cristo.

i. Calderos: Para llevar las cenizas del sacrificio a un lugar limpio (Lv. 6:10, 11).

La sepultura de Cristo en una tumba nueva.

ii. Paletas (Palas): Para recoger las cenizas y manejar el fuego.

La preparación del cuerpo de Cristo.

iii. Tazones: Para la sangre de las víctimas que después era derramada alrededor del altar o llevada al lugar santísimo para rociar el propiciatorio.
La sangra vertida de Cristo.

iv. Garfios: Para acomodar los animales sobre el altar.
Los sufrimientos vicarios de Cristo.

v. Braseros: Para los carbones que eran llevados del altar de bronce al altar de incienso.

La fragancia de la vida y muerte de Cristo.

Cristo en las Cortinas del Atrio

Éx. 27:9-19; 38:9-20

Al pasar por la única puerta que tenía el tabernáculo, la persona se encontraba en el atrio. Esta área de unos 1,250 m² abarcaba desde la entrada hasta el velo exterior del santuario. El atrio estaba cercado con cortinas para hacer separación entre el campamento y la morada de Dios. A comparación con el lugar santo y el lugar santísimo, el atrio era donde más actividad había. En el atrio encontramos a los sacerdotes, ya sea ministrando en el altar, lavándose en la fuente de agua o comiendo algunas de las ofrendas, y vemos también a las personas que iban para ofrecer algo a Dios, y a los animales que llevaban.

Las cortinas del atrio, en todo su perímetro, eran de lino torcido. Medían 100 codos de largo, 50 codos de ancho y 5 codos de alto. Veamos en ellas la pureza de nuestro Señor. En cada uno de sus cuatro lados, el atrio tenía cortinas del mismo color. De igual manera, las cortinas eran blancas por fuera y también por dentro. Sin duda, esto nos enfatiza la perfección de Cristo en todos los aspectos de su persona y vida, y en lo que el hombre podía mirar en él, pero también en lo que solamente Dios podía observar en él.

Las cortinas colgaban de un total de 60 columnas. Se nos dice el material de las basas, capiteles, varas, molduras y estacas, pero no se nos dice de qué material eran hechas las columnas. Quizás vemos aquí acentuada el misterio de la

encarnación de Cristo, en el sentido de qué hay cosas que no podemos comprender acerca de esta gran verdad. "Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne..." (1 Ti. 3:16). Lo que sí se nos dice es que las cabezas de las columnas eran de plata (Éx. 38:17). A través de esto, consideremos a Cristo como aquél que será coronado de honra y gloria.

Las columnas iban sobre basas de bronce. Como todo otro material en el tabernáculo, el bronce para la basas había sido ofrendado por Israel (Éx. 38:28). Pareciera que siempre que vemos el bronce en el tabernáculo, nos indica algo de Cristo siendo juzgado en nuestro lugar por causa de nuestros pecados.

Los capiteles o ganchos de plata era de donde se colgaban las cortinas de las columnas. La ofrenda de rescate en donde daban los Israelitas una pieza de plata cada vez que eran contados (Éx. 30:11-16) nos ayuda a notar que la plata en el tabernáculo nos habla de nuestra redención en Cristo. Hemos sido comprados con la sangre de Cristo. ¡Qué grandiosa verdad! Así como los capiteles sostenían firmemente a las cortinas, nuestra redención en Cristo es segura. Estos ganchos prevenían que las cortinas se arrastraran sobre la arena. ¿No así también con nosotros por medio de la redención de Cristo? Por su sangre, él nos ha redimido de nuestra vana manera de vivir en el pecado.

Las columnas eran unidas a través de varas ceñidas de plata. Mañana, si Dios quiere, vamos a pasar el pan y la copa de mano en mano al hacer memoria de Cristo. Nuestra redención en Cristo nos hace un solo pueblo y un solo cuerpo. ¿Estaría siendo sincero si como del pan y bebo de la copa junto con hermanos con los que tengo diferencias que no he buscado resolver? 1 Corintios 10 nos enseña que en el Partimiento del pan, a través de los dos símbolos ya mencionados, mostramos tener comunión con Cristo, pero también con nuestros hermanos y hermana. Las molduras

eran los anillos por donde se metían las varas que conectaban las columnas. También eran hechas de plata.

Las cortinas del atrio también encontraban soporte al ser sostenidas por estacas y cuerdas (Éx. 27:19; 39:18, 40). En Is. 22:23 la estaca que da firmeza, es comparada con la certeza que habrá en el glorioso reino milenarío de Cristo. En la voluntad de Dios, la próxima semana estudiaremos la puerta del atrio.

Cristo en la Puerta del Atrio

Éx. 27:16-19; 38:18-20

Al lado Este del atrio del tabernáculo, se encontraba la única puerta por la cuál entraban los sacerdotes y los oferentes. La puerta era una cortina de 20 codos de ancho (10 m) y 5 codos de alto (2.5 m). La cortina colgaba de 4 columnas que estaban sobre 4 basas de bronce. Sus capiteles o ganchos y sus molduras eran de plata. La cortina era de 4 colores: azul, púrpura, carmesí y blanca.

Notemos las siguientes cosas en cuanto a la puerta:

Su importancia

No había otra puerta, era la única. Para poder entrar al atrio y ofrecer a Dios un sacrificio de olor grato, la persona tenía que entrar por esta puerta. De igual manera para nosotros, únicamente a través de Cristo es que podemos tener acceso a la presencia de Dios. Pablo escribió: "en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él..." (Ef. 3:12). Cristo dijo a Felipe: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí." (Jn. 14:6)

Su anchura

Las puertas que nosotros hacemos son angostas. No así la

puerta que Dios mandó a poner en su santuario. Al medir 20 codos permitía acceso a cuantos quisiesen acercarse a ofrecer algo a Dios. ¡Cuánto más la obra de Cristo! Dios quiere que toda persona sobre este planeta pueda ser salvo y sea adorador suyo (1 Ti. 2:4) a través de Cristo que es la puerta (Jn. 10:9).

Su atractivo

Aún al estar a una larga distancia del tabernáculo, sería difícil no notar la puerta por sus colores tan llamativos. Era obra de recamador al ser más de un color entretejido en la cortina. (Obra de tejedor era cuando se trabajaba hilo de un solo color y obra primorosa cuando era más de un color y con un diseño, como el de los querubines sobre el velo).

Los querubines sobre el velo interior restringía la entrada de los sacerdotes. La falta de querubines en la puerta del atrio hacía la invitación a que todos entraran para adorar a Dios.

Las cuatro columnas y los cuatro colores de la cortina nos hacen pensar en los 4 evangelios y como cada uno presenta a Cristo de una forma singular. En Mateo Cristo es el Rey, en Marcos es el siervo, en Lucas es el Hijo de hombre y en Juan es el Hijo de Dios. En otra ocasión ya relacionamos estos cuatro colores con cada uno de los vistazos dados de Cristo por parte de los evangelistas.

El Espíritu Santo nos ayude a entrar mañana a nuestro atrio, al reunirnos con su pueblo, y al traer a Dios ofrendas y sacrificios de olor grato, al hacer memoria de los dolores de su Hijo.

“Bienaventurado el que tú escogieres y atraerás a ti, para que habite en tus atrios; seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo.” (Sal. 65:4)

“Anhela mi alma y aún ardientemente desea los atrios de Jehová...” (Sal. 84:2)

“Mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos...” (Sal. 84:10)

“Dad a Jehová la honra debida a su nombre; traed ofrendas, y venid a sus atrios.”
(Sal. 96:8)

“Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid su nombre.” (Sal. 100:4)

Cristo en las Vestiduras del Sumo Sacerdote: El Efod

Éx. 28:1-14

Habiendo visto a Cristo en el tabernáculo; ahora nos corresponde verlo en las vestiduras del sumo sacerdote y de los sacerdotes. Dios nos parece enseñar en sus escrituras que las vestiduras representan el carácter moral de una persona. Juan escribe sobre las vestiduras de nosotros la esposa de Cristo en las bodas del Cordero: “el lino es las acciones justas de los santos” (Ap. 19:8). Al estar viendo a Cristo en las vestiduras del sumo sacerdote, también lo veremos como nuestro gran Sumo sacerdote de lo cual leemos en la epístola a los Hebreos.

En Éx. 28:2-39 se da la descripción de las vestiduras del sumo sacerdote, y en los vv. 40-43 se nos da la de los sacerdotes. Leemos acerca de tres adjetivos de las vestiduras de Aarón (Éx. 28:2). Eran vestiduras “sagradas” porque eran únicamente para él y lo distinguían de entre todo el pueblo. También leemos que eran vestiduras para “honra”, por la dignidad que le daban; y para “hermosura”, por la apariencia llamativa que tenían. Al pensar en Cristo, en su carácter moral, y en cómo le distingue de toda otra persona, podemos decir de él: “eres el más hermoso de los hijos de los hombres” (Sal. 45:2).

Ningún mortal jamás podrá
con Cristo comparar.
Él es el más hermoso allá,
que en gloria he de mirar,
que en gloria he de mirar.

Las vestiduras del sumo sacerdote se componían de siete partes: efod (vv. 6-14), pectoral (vv. 15-30), manto del efod (vv. 31-35), mitra (vv. 36-38), túnica de lino (v. 39), cinto (v.39) y calzoncillos (v. 42). Esta semana estaremos considerando el efod y lo que nos enseña de Cristo. Antes de continuar, debemos de señalar que no se menciona el calzado. Quizás no usaban al estar sirviendo a Dios sobre tierra santa como con lo que le pidió a Moisés cuando veía la zarza ardiente.

El efod era de los cuatro colores que ya hemos encontrado antes en el tabernáculo: azul, púrpura, carmesí y lino torcido. La diferencia siendo que el efod también llevaba oro. Láminas de oro eran cortadas para hacer el hilo. Cada uno de estos materiales y colores nos presentan algo distinto de Cristo. El oro: la gloria de su deidad; el azul: su porvenir del cielo; la púrpura: su realeza; el carmesí: su sangre derramada; y el lino torcido: su pureza.

Dos hombreras tenía el efod que se juntaban en sus dos extremos para que el sumo sacerdote pudiese ponérsela. Sobre cada hombrera iban trenzas de oro y engastes de oro y dentro de los engastes iban piedras de ónice. Grabada sobre las piedras iban los nombres de las tribus de Israel. Donde quiera que iba Aarón, al llevar estas vestiduras, siempre llevaba al pueblo de Israel sobre sus hombros.

Llevaba las piedras delante de Jehová al manifestar que los llevaba a la presencia de Dios. Los hombros nos pueden hablar de ser un lugar de seguridad. Qué precioso es pensar que todos nosotros también vamos sobre los hombros de nuestro Sumo sacerdote al habernos rescatado de nuestros pecados. El pastor cuando encontró a su oveja perdida la

puso sobre sus hombros (Lc. 15:5). Cuando nos convertimos, en los hombros del Señor fuimos puestos.

Un cinto de obra primorosa también iba con el efod. El cinto y el efod eran de los mismos materiales y colores. El cinto le daba soporte a un soldado al pelear y a un sacerdote al servir. El sumo sacerdote ciñéndose con su cinto nos lleva a pensar en aquella escena en el aposento alto donde estaban reunidos el Señor y sus apóstoles. Leemos de Cristo: “tomando una toalla, se la ciñó” (Jn. 13:4).

Después de haber hecho eso, hizo algo increíble: le lavó los pies a cada uno de los presentes. El cinto del efod nos habla del servicio de Cristo. Marcos escribió las palabras de Cristo cuando dijo: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” (Mr. 10:45)

Cristo en las Vestiduras del Sumo Sacerdote: El Pectoral

Éx. 28:15-30

Ahora fijamos nuestra mirada en lo que iba encima del pecho de Aarón y busquemos aprender de Cristo en el pectoral.

El pectoral era cuadrado, o sea que sus cuatro lados eran iguales. Esto nos representa la inmutabilidad de nuestro Sumo sacerdote, aquél que jamás cambia. Heb. 13: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos." Medía 1 palmo (aproximadamente 23 cm) de largo. Era hecho de la misma obra que el efod: oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido.

No solamente era cuadrado pero también fue diseñado doble o doblado para poder hacer como un bolsillo en donde irían las dos piedras: Urim y Tumim. El hecho de que iba doble nos hace pensar en la perfecta y completa seguridad del sacerdocio de nuestro Señor para con nosotros. Heb. 4:16 "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro."

La tela del pectoral iba lleno de piedras preciosas acomodadas en filas de cuatro. En cada piedra iba grabado el nombre de cada una de las tribus de Israel. Las piedras del efod iban sobre sus hombros. Vimos que representa la fuerza de nuestro Sumo sacerdote. Estas piedras que iban sobre el

pecho, al ir encima del corazón, nos habla del afecto y el amor que nos tiene nuestro Señor. Él le dijo a los suyos: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado...” (Jn. 15:9). Nos amó estando sobre la cruz y nos ama desde de su trono de gloria de donde intercede por nosotros. Los nombres estaban sobre las piedras con grabadura de sello para no poder ser borrados. Jehová le dijo a Israel: “He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida” (Is. 49:16).

Las piedras eran de un alto valor. Nosotros somos esas piedras (1 P. 2:5). No había ningún valor y ninguna hermosura en nosotros. El Señor Jesucristo nos vio con un gran valor al ver el mal que había traído el pecado a nuestras vidas y el peligro que había que nos perdiéramos para siempre. Nosotros somos aquella perla preciosa de Cristo que como el mercader: “vendió todo lo que tenía, y la compró” (Mt. 13:46). Somos tan valiosos al Señor que él estuvo dispuesto a comprarnos, “no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de un Cordero” (1 P. 1:19).

Tiene Cristo en su corona
brillantes preseas;
cada joya que le adorna
con sangre compró.

Cristo en las Vestiduras del Sumo Sacerdote: Manto del Efod

Éx. 28:31-35

El manto del efod iba por debajo del efod y era de color azul. Este color en las vestiduras del sumo sacerdote y en el tabernáculo, nos presenta a Cristo como aquel que vino del cielo para morir por nosotros. “El Señor, es del cielo” (1 Co. 15:47). El azul también nos recuerda el hecho de que nuestro Señor no está en la cruz o en la tumba, sino que está en el cielo vivo y que es nuestro Sumo Sacerdote que intercede por nosotros.

El borde de la abertura por donde metía Aarón su cabeza para ponerse el manto era de obra tejida para que no se rompiera la tela. Lv. 21:10 establecía que el sumo sacerdote no podía rasgar sus vestidos al lamentarse de algo. Esto nos hace ver que el Señor a quien servimos y adoramos, su sacerdocio es constante y permanente. No hay nada que cause una ruptura en la manera tan misericordiosa en la que nos trata. Esto también lo vemos en la túnica que vistió al Señor al estar aquí. “Era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo” (Jn. 19:23). Nada podía causar una variación en el servicio de Cristo a Dios; nada puede cambiar su sacerdocio celestial para nuestro beneficio.

En las orlas del manto, o sea en sus orillas, colgaban adornos. Los adornos era granadas de distintos colores y entre cada una iban campanas de oro. En esto es maravilloso poder contemplar la vida fructífera de Cristo. Jacob bien

podía haber estado hablando del Señor cuando dijo de José: “Rama fructífera es José, Rama fructífera junto a una fuente, Cuyos vástagos se extienden sobre el muro” (Gn. 49:22). El Señor dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos” (Jn. 15:5). Las granadas que colgaban del manto eran de diversos colores. La granada azul es su fruto celestial; la púrpura es su fruto como Rey y la de color carmesí es su fruto de la cruz. ¡Qué vida más fructífera la de nuestro Amado! Añoramos que se cumpla la escena de Is. 53:11 cuando el Señor nos vea a todos en su gloria: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho.”

Entre cada uno de las granadas, iba una campana de oro. Esto también nos representa algo muy valioso acerca de la persona de Cristo. Si tomamos las granadas como representado su fruto; las campanas, con el ruido que hacían, nos representan las enseñanzas de Cristo. En las vestiduras del sumo sacerdote, primero iban las granadas y después las campanas. Triste cuando el maestro de la palabra de Dios no es ejemplo de lo que predica. Esto jamás fue el caso del Señor. Siempre fue un ejemplo perfecto de lo que predicaba. Enseñó sobre el amor, y siempre amó. Enseñó sobre el perdón, y siempre perdonó. Dios nos ayude a replicar en nuestras vidas la perfecta congruencia que vemos en el Señor Jesucristo.

Cuando Aarón entraba a la presencia de Dios, los Israelitas podían oír las campanas hacer ruido y les habrá llenado de gozo saber que él los estaba llevando con él ante la presencia de Dios. Démosle gracias a Dios por aquel que nos representa delante de su presencia. El Señor murió, resucitó y ascendió al cielo a estar a la mano derecha del Padre para representarnos a nosotros delante de él. Heb. 9:24 “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.”

Cristo en las Vestiduras de los Sacerdotes

Éx. 28:40-43

Hace tiempo habíamos visto al Señor en las vestiduras del sumo sacerdote en los vv. 1-39. En estos últimos 4 versículos del capítulo, se nos dice como debían de vestirse los hijos de Aarón al ministrar en el tabernáculo. Vestían con una túnica, un cinturón, una mitra o turbante y con calzoncillos.

Túnica

Tanto el sumo sacerdote como los sacerdotes tenían que usar una túnica. La del sumo sacerdote era de lino fino (v. 39) y por lo tanto suponemos que también lo era la de los sacerdotes. La ropa de lino era hecha de fibras de una planta llamada flax y era puesta al sol para que emblanqueciera. El color blanco de la túnica nos habla de la pureza de nuestro Señor. Únicamente él podía preguntar: “¿Quién de ustedes me prueba que tengo pecado?” (Jn. 8:46) y que nadie pudiese señalar alguna falta en él.

Cinturón

El cinturón era para ajustar la túnica para permitirle al sacerdote tener más agilidad en su servicio. El cinto en el sacerdote nos hace pensar en Jesucristo como el siervo. No podemos sino pensar en el Señor la noche antes de ir a la

cruz, y como en el aposento alto, él se ciñó con una toalla usándola como cinto y le lavó los pies sucios a cada uno de sus discípulos (Jn. 13:4). Jamás comprenderemos la profundidad de las palabras que encontramos en dos de los evangelios: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt. 20:28; Mr. 10:45).

Mitra

Todos aquellos que servían en el tabernáculo lo hacían con sus cabezas cubiertas con un turbante. Moisés escribe que eran “para gloria y hermosura” (Éx. 28:40). Lo único que llamaba la atención del atuendo de los sacerdotes era la mitra. Quizás aquí podemos ver la hermosura de los pensamientos de nuestro Señor Jesucristo. Fue el ejemplo perfecto de lo que es amar a Dios con toda nuestra mente (Mt. 22:37). Nosotros pecamos a través de la concupiscencia o pensamientos impuros; el Señor Jesucristo jamás pensó algo indebido, él “no conoció pecado” (2 Co. 5:21).

El turbante también nos indica la reverencia que mostraban los sacerdotes al cubrir sus cabezas al estar en la presencia de Dios. Lo mismo hacían los querubines en el propiciatorio con sus alas. Nadie ha mostrado tanta reverencia a la presencia de Dios como el Señor. Solo él podía decir: “el celo por tu casa me ha consumido” (Sal. 69:9). Nadie más se atrevió a sacar a los ladrones del templo como lo hizo él y de decirles que la casa de oración, la habían hecho cueva de ladrones (Mt. 21:13). Aún a los 12 años de edad, él mostró ese deseo al quedarse en el templo, aún cuando su familia se había regresado a casa. Para él eran más importante los “negocios de su Padre” (Lc. 2:49).

Calzoncillos

Terminamos con los calzoncillos que iban por debajo de la túnica. Eran hechos también de lino como lo era la túnica. La túnica nos representa la perfección de Cristo que era visible o externa; los calzoncillos nos indican algo acerca de la pureza invisible o interna de nuestro Amado. Nosotros podemos hipócritamente mostrar una pureza exterior, cuando en el interior no es el caso. Dios lamenta cuando realmente no somos lo que todos ven en nosotros. Esto no podía pasar con el Señor. Él era exactamente igual de puro por fuera que por dentro. La gente se daba cuenta de eso y por eso decían que “enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mt. 7:29).

Cristo en las Vestiduras del sumo Sacerdote: La Mitra

Éx. 28:36-38

La palabra “mitra” significa: “turbante”. Esta tela de lino cubría la cabeza del sumo sacerdote. En 1 Cor. 11 aprendemos que la cubierta de la mujer representa sujeción. Pudiera ser que la mitra nos esté diciendo algo sobre la sujeción de Cristo a su Padre. La pureza de los pensamientos de Cristo también es vista en la mitra al ser de color blanco y al ir sobre su cabeza. Es increíble pensar en cómo el Señor nunca tuvo un pensamiento que no debió haber tenido.

En la parte de adelante de la mitra, iba un cordón de azul que sostenía una lámina de oro. Hemos estado notando que el azul en el tabernáculo nos habla del cielo y de cómo el Señor vino desde allá para morir sobre un madero. La deidad de Cristo es vista en el oro de la lámina. Sobre la lámina iba una inscripción que decía: “Santidad a Jehová”. Esto también nos hace pensar en la santidad de Jesucristo. Fue escrito de él: “Has amado la justicia y aborrecido la maldad” (Sal. 45:7; He. 1:9).

En Éx. 29:6 la mitra es llamada: “diadema santa”. La palabra “diadema” en Hebreo es *nezer* que significa: “consagración”. Es la misma palabra empleada al hablar del voto del nazareato en Núm. 6 en el que el varón Hebreo se entregaba a Dios. Cuando analizamos la vida de Cristo, nos asombramos en cómo su vida fue enteramente entregada a Dios. Se ofreció a cumplir la voluntad de Dios, aún cuando

implicaba tener que ir al Gólgota a padecer por nuestras maldades.

La mitra es relacionada con el hecho de que Aarón llevaba “las faltas cometidas en todas las cosas santas”. Aarón era responsable por los pecados cometidos por los Israelitas en relación a las ofrendas. Pensamos en el Señor y cómo él se hizo responsable por nuestros pecados al sacrificarse por nosotros. También la mitra es identificada con el hecho de que a través de Aarón, el sumo sacerdote, el pueblo de Dios obtenía “gracia delante de Jehová”. No pudiéramos calcular la gracia que hemos recibido de Dios por medio de Jesucristo. “La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn. 1:17).

Cristo en las Vestiduras del Sumo Sacerdote: La Túnica de Lino y el Cinto

Éx. 28:39

Hemos llegado al final de nuestro estudio en mirar a Cristo en las vestiduras del sumo sacerdote. En estas semanas hemos notado a Cristo en el efod, pectoral, manto del efod y en la mitra. Hoy buscaremos hacer lo mismo con la túnica y el cinto. Es fascinante cómo toda la Biblia nos presenta un mismo tema, el cual es: Jesucristo. Al hablar de las Escrituras, Cristo dijo: “ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:39). Bien me enseñaron a cantar de niño en cuanto a la Biblia:

Me habla siempre de Cristo;
es él a quien necesito.
Juntos andaremos,
mi Biblia y yo.

Veamos entonces la túnica y el cinto. La túnica era de lino y por lo tanto era blanca. Este color siempre nos lleva a pensar en la pureza de nuestro bendito Señor. “Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.” (He. 4:15)

El lino del efod nos habló de la pureza que podía ser vista por los hombres en la vida de Cristo. El lino en la túnica, al ir debajo del efod y del manto del efod, nos pudiera señalar algo de la pureza del Señor que únicamente Dios podía

disfrutar en la vida de su Hijo. ¡Cuántas cosas podía ver el Padre en su Hijo que sólo eran para él gozar!

En el día de la expiación, según Lv. 16, el sumo sacerdote se quitaba sus ropas de honra y hermosura para llevar a cabo la fiesta visitando solamente su túnica blanca. Esto nos puede llevar a pensar en el Señor dejando las glorias del cielo y encarnándose al venir a este mundo de maldad para morir por nosotros.

En Éx. 39:27-29 aprendemos que el cinto de la túnica era también de lino fino, azul, púrpura y carmesí. El cinto ajustaba la túnica para permitir que Aarón caminara y sirviera con más agilidad. El sumo sacerdote usaba dos cintos: uno para el efod, que iba por fuera, y otro para la túnica, que iba por dentro. Tanto la túnica como el cinto no estaban a la vista. Recalamos otra vez que hay muchas cosas que Cristo hizo que, como en el caso de la túnica, sólo Dios podía mirar y disfrutar.

A tu Padre le diremos
de las glorias de tu ser,
aunque poco comprendemos
de lo que Él sí puede ver.

Consagración de los Sacerdotes

“Matarás el carnero, y tomarás de su sangre y la pondrás sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el lóbulo de la oreja de sus hijos, sobre el dedo pulgar de las manos derechas de ellos, y sobre el dedo pulgar de los pies derechos de ellos” (Éx. 29:20).

Antes de que el sumo sacerdote y los sacerdotes comenzaran su ministerio en el tabernáculo, debían de ser consagrados a Dios. Ofrendas y sacrificios eran ofrecidos a Dios en este evento significativo. Una de las cosas hechas a Aarón y a sus hijos, fue que se les aplicó sangre de un carnero sacrificado, en el lóbulo de la oreja derecha, en el dedo pulgar de la mano derecha y en el dedo pulgar de su pie derecho. Pareciera que Dios les estaba enseñando que él quería que todo lo que escucharan, todo lo que hicieran y a todo lugar que fueran, sería en entrega y servicio a Dios al servirle en el tabernáculo.

La consagración de estos varones a Dios, es un pequeño recordatorio de la consagración más hermosa y profunda que alguien jamás le ha mostrado a Dios: la que le mostró Jesucristo a su Padre. Ya sea antes de venir al mundo o en el día de su muerte de intenso dolor, siempre tuvo en su corazón entregarse a la voluntad de su Dios.

Dios quería que los oídos de los sacerdotes fueran consagrados a él. Se nos escribe proféticamente sobre el Señor y sus oídos: “Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana

tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás” (Is. 50:4, 5). Los oídos de Jesucristo eran para oír la ley de Dios, y para oír lo que él quería que hiciese, sin importar el costo.

Dios quería que las manos de los sacerdotes fueran consagradas a él. Cristo dijo: “nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre... porque yo hago siempre lo que le agrada.” (Jn. 8:28, 29). Un día veremos esas manos consagradas. Aquellas manos que sanaron, alimentaron, consolaron y que fueron traspasadas por clavos.

Dios quería que los pies de los sacerdotes fueran consagrados a él. Los pasos que dio del cielo a la tierra, los pasos que dio de Judea a Samaria para darle a una mujer pecadora agua viva, los pasos que dio de Gabata al Gólgota, todo fue en devoción a su Padre al querer siempre ir a donde él le dirigía. Todo esto se resume cuando él dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (He. 10:7, 9). Decimos de Cristo al habernos traído un mensaje como ningún otro: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!” (Is. 52:7).

Cristo en el Tabernáculo:

Altar de Incienso

A Cristo lo podemos ver en los materiales, medidas, expiación y función del altar de oro; dentro del lugar santo en el santuario de Dios, sobre el cual se quemaba incienso. En este estudio nos limitaremos a encontrar al Señor en los ingredientes que componían el incienso que eran: estacte, uña aromática, gálbano aromático e incienso puro (Éx. 30:34-38). El altar en sí nos habla de lo que es para nosotros Cristo en el cielo: él es nuestro gran intercesor; el incienso nos representa lo que fue la vida Cristo aquí en la tierra.

El estacte es una resina extraída de árboles y de plantas. Para poder ser utilizado como perfume aromático, tenía que ser triturado. No es por nada que la palabra estacte significa gota. Aquí claramente vemos las lágrimas del Varón de dolores. Lo vemos derramando lágrimas en la tumba de Lázaro, al entrar a Jerusalén por última vez y al postrarse en el huerto de olivos donde se entregó a la voluntad de su Padre de ir a la cruz.

La uña aromática es la concha de un molusco como el de caracol, almeja u ostión. Recibe el nombre al parecerse a una uña. Al ser quemado emitía un olor fragante. Los animales marinos con estas conchas eran inmundos para los Israelitas y no podían comerlos. La uña aromática nos hace meditar en Cristo identificándose con el pecado, sin jamás haber pecado, para quitar los nuestros.

El tercer ingrediente era el gálbano aromático. También era

una resina de planta y árbol. Lo llamativo de esta resina es que es amarga. Su amargura trae a la memoria la amargura que sintió el Señor al ser criticado, traicionado, acusado falsamente, torturado y crucificado. Sufrió toda esa amargura para poder traer dulzura a nuestras vidas.

Llegamos al incienso como último ingrediente en la elaboración del perfume que se prepararía para quemar sobre el altar. El incienso era una resina blanca que, cuando era quemada, producía el humo que llenaba el tabernáculo. Su color y su olor, nos habla de la fragancia que Dios Padre siempre encontró en la vida de su Hijo, aún cuando sufría la muerte de la cruz.

Consagración de los Sacerdotes

(Parte 1)

En Éxodo 29 se nos describe la ceremonia que se llevó en la presentación y la consagración de los sacerdotes en la inauguración del tabernáculo. Cuando hablamos de consagración, nos referimos a alguien entregándose y dedicándose a Dios. Por lo tanto, a través de lo ocurrido con Aarón y sus hijos, estaremos considerando la consagración de Jesucristo a su Dios. Nadie jamás se ha entregado a Dios como él lo hizo.

Primeramente, los sacerdotes fueron llevados a la fuente de agua que se ubicaba en el atrio para ser lavados con agua. Antes de servir, tenían que ser limpiados de sus impurezas. Lo mismo ocurre con nosotros. Dios primero exige santidad para poder complacerse en nuestro servicio a él. Este no fue el caso para el Señor. Él no tenía ningún pecado del que tenía que purificarse para poder entregarse a la voluntad de su Dios. De niño fue un “santo ser” (Lc. 1:35) y de hombre fue “sin pecado” (Heb. 4:15).

Al ser lavados, Aarón fue vestido con las vestiduras pedidas por Dios y después él y sus hijos fueron ungidos con aceite. (En Lev. 8 aprendemos que antes de que los sacerdotes fueron ungidos todo el tabernáculo también fue ungido con aceite. Nos da a entender que tanto el lugar como los varones estaban siendo entregados al servicio de Dios). Regresando a la unción de los sacerdotes, notamos que en Éxodo 30:22-25, se nos dan los ingredientes del aceite que era

utilizado. Los cuales eran: 500 siclos de mirra, 250 siclos de canela aromática, 250 siclos de cálamo aromático, 500 siclos de casia y 1 hin de aceite de olivas.

Veamos a Cristo en cada uno de esos ingredientes:

1. Mirra.

Es una resina aromática que viene de un arbusto pequeño que crece en el desierto, o sea, en condiciones difíciles. Sufrir las condiciones del desierto para poder producir este perfume. Representa los sufrimientos de Cristo que fueron de olor grato a Dios.

2. Canela

La corteza interna de la planta se separa en su centro formando rollos. El perfume se extrae al destilar (hacer vaporizar) la corteza. Fragancia de disfrutar la hermosura de las cosas internas del Señor.

3. Cálamo

Viene de cañas que crecen en el río Jordán y son cortados antes de que florezcan. El aceite lo consiguen de la médula de la planta. Representa los pensamientos y las emociones del Señor.

4. Casia

Corteza externa quitada del árbol. Usada como un remedio para curar de muchas enfermedades. Representa el Señor curando corazones quebrantados por las pruebas de la vida.

5. Aceite de oliva

Olivos presionados para extraer su aceite. Hace pensar en los sufrimientos de Cristo en el huerto del Getsemaní.

El aceite en la Biblia muchas veces representa al Espíritu Santo. Por lo tanto, en la unción de los sacerdotes, podemos ver al Señor Jesucristo y su relación con el Espíritu Santo al estar aquí en la tierra. Fue ungido por el Espíritu Santo al ser

bautizado en el río Jordán (Lc. 3:22). Él dijo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; A pregonar libertad a los cautivos, Y vista a los ciegos; A poner en libertad a los oprimidos” (Lc. 4:18). En su humildad y afán de mostrar su completa dependencia en Dios, estuvo dispuesto a ser ungido por el Espíritu Santo para estar involucrado en todo lo que él hizo durante su vida aquí aún cuando él era Dios.

El orden que vemos en la unción de los sacerdotes es que primero fueron ungidos y después fue derramada la sangre del becerro y del carnero. Lo mismo ocurrió con el Señor Jesucristo. Primero fue ungido por el Espíritu Santo (Mt. 3:16; Hch. 10:38; 1 Jn. 5:6) y después fue derramada la sangre. En el caso de Cristo, no fue la sangre de animales, sino su propia sangre.

Consagración de los Sacerdotes (Parte 2)

Continuamos buscando a Cristo en Éx. 29 en la ceremonia de la presentación de los sacerdotes al comenzar a utilizarse el tabernáculo.

La semana pasada nos quedamos donde Aarón y sus hijos fueron ungidos con aceite. Después de eso los sacerdotes fueron vestidos. Habíamos notado que el sumo sacerdote ya había sido vestido antes de la unción.

Expiación por el pecado

Ahora sigue la ofrenda por el pecado. Un becerro fue llevado a la puerta del tabernáculo para hacer expiación por los pecados de los sacerdotes para que pudieran servir a Dios en santidad. El Señor Jesús no necesitó de ofrendas por el pecado porque no había ni una sola inmundicia en él (He. 7:26, 27).

Lo que sí podemos hacer es relacionar a Cristo con la ofrenda por el pecado. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del becerro. Como si fuera, ellos simbólicamente transferían sus pecados sobre el becerro que iba a morir en su lugar. En el caso de Jesucristo no fue algo

representativo. Él sí fue cargado con la inmensa carga de nuestros pecados (1 P. 2:24). El becerro después fue degollado. Esto nos hace pensar en los dolores intensos en la crucifixión de Cristo.

Acceso a Dios a través de la sangre

La sangre del becerro entonces fue untada sobre los cuernos del altar y era derramada al pie del altar. La sangre era la base sobre la cual los sacerdotes podían tener acceso a servir en la presencia de Dios. Leemos en He. 9:12 en cuánto a Cristo: "No por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención."

La grosura quemada

La grasa del becerro fue quemada sobre el altar de bronce para el disfrute de Dios. Estaba prohibido al pueblo de Israel que comieran la grosura de los animales que eran sacrificados (Lv. 3:17; 7:23). La grasa siempre era ofrecida a Dios porque era lo más valioso del animal. La grosura nos hace pensar en lo que Dios disfruta de su Hijo que nadie más puede ver.

Congregados en tu nombre,
invisible, estás aquí.
Eres Dios y también hombre;
¡oh, Señor!, no hay otro así.
A tu Padre le diremos
de las glorias de tu ser,
aunque poco comprendemos
de lo que él sí puede ver.

Lo quemado fuera del campamento

Por ser ofrenda por el pecado; la carne, la piel y el estiércol del becerro fue quemado fuera del campamento y no sobre el altar en el tabernáculo como en el caso del holocausto. Así también el Señor fue clavado sobre una cruz que fue erigida fuera de la puerta de la ciudad de Jerusalén (He. 13:12). Allá afuera en ese lugar de abandono y rechazo sintió la ira de Dios que cayó sobre él por nuestros pecados.

Consagración de los Sacerdotes

(Parte 3)

En la presentación de los sacerdotes habían dos carneros que eran sacrificados. Uno era llamado el “carnero del holocausto” (Lv. 8:18) y el otro era el “carnero de las consagraciones” (Éx. 29:26; Lv. 8:22).

Carnero del holocausto

Primero era sacrificado el “carnero del holocausto”. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del animal, fue degollado y su sangre rociada alrededor del altar. El carnero fue cortado en pedazos y fueron lavados sus intestinos y sus piernas como había sido requerido por Dios en todas las ofrendas del holocausto (Lv. 1:12, 13). Al ser cortado en pedazos, el animal podía ser observado por fuera y por dentro, y así notar que era sin defecto.

A veces nosotros podemos ser incongruentes. Somos algo por fuera que no somos por dentro. No así nuestro bendito Señor. Podía ser visto el rincón más recóndito de su corazón y era la misma pureza que podía ser vista en él por fuera. Los intestinos del carnero siendo lavados nos habla también de la perfección interna de Cristo. Las piernas del animal siendo también lavadas, nos hace pensar en el perfecto andar de nuestro Señor.

Carnero de las consagraciones

La palabra “consagraciones” significa: “completo”. El sacrificio de este carnero representaba el hecho de que los sacerdotes se estaban entregando a Dios completamente. Una vez más vemos la perfecta devoción del Hijo unigénito a su Padre.

Las manos de los sacerdotes fueron puestas sobre la cabeza del carnero. Lo mismo fue hecho con el becerro (v. 10) y el otro carnero (v. 15). En cierta manera, nosotros hemos hecho lo mismo al apoyarnos enteramente sobre Cristo como nuestro sacrificio perfecto.

El carnero siendo degollado nos hace pensar en los sufrimientos de Cristo sobre la cruz. Al ser matado el carnero, la sangre fue puesta sobre Aarón y sus hijos en sus lóbulos de las orejas derechas, dedos pulgares de las manos derechas y de los dedos pulgares de los pies derechos.

La sangre sobre los lóbulos de las orejas representaba que sus oídos estaban siendo consagrados para siempre oír la voz de Dios. Cristo dijo: “Despertará mi oído para que oiga como los sabios” (Isa. 50:4). Nadie ha prestado su oído para oír la voz de Dios como lo hizo su precioso Hijo.

La sangre sobre los dedos pulgares de las manos derechas representaba que las manos de los sacerdotes serían usadas para el servicio de Dios. Únicamente el Señor podía decir: “Yo hago siempre lo que le agrada” (Jn. 8:29). ¡Qué manos tan preciosas las de Cristo! Manos usadas siempre para servir a su Dios.

La sangre sobre los dedos pulgares de los pies derechos simbolizaba que los pies de los sacerdotes estaban siendo consagrados para caminar conforme a los propósitos de Dios. Juan observó que el andar de Cristo era el más digno de ser imitado y escribió a los creyentes: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6). Nos admiramos de cómo Enoc caminó con Dios, pero nadie lo hizo como nuestro Salvador.

Después los sacerdotes fueron rociados con la sangre del carnero y con aceite. Las ropas manchadas de sangre habla del costo que involucra servir a Dios. Pensamos en lo que le costó a Cristo honrar la voluntad de su Padre. El aceite sobre las vestiduras nos habla de Cristo quién vivió en el poder del Espíritu Santo dejándonos ejemplo para que nosotros vivamos de la misma manera.

Ahora las manos de Aarón y de sus hijos van a llenarse, al cargar: la grosura, la cola y la espaldilla derecha del carnero. También una torta grande de pan, una torta de pan de aceite y una hojaldre del canastillo de los panes sin levadura. Todo esto lo mecían delante de Dios representando también de esta manera su entrega completa a él. Llevaban tanto en sus manos que no tenían lugar para algo más. Dios nos ayude a que nosotros nos encontremos igual que ellos al no haber nada más en nuestras manos sino el Señor Jesucristo, y que podamos ofrecerle al Padre algo que hemos disfrutado de su Hijo al hacer memoria de él mañana. Después de haber sido mecido ante Dios, la ofrenda era quemada sobre el altar como olor grato a él.

El pecho del carnero ahora era mecido por los sacerdotes ante Dios. Al ser mecido, el pecho era para Aarón y sus hijos. La espaldilla derecha representa a Cristo dedicando toda su fuerza en el servicio a Dios. El pecho del carnero nos habla de Cristo dedicando todas sus emociones y sentimientos para la honra de su Padre.

Consagración de los Sacerdotes (Parte 4)

Un sacerdote sin reemplazo

En Éx. 29:29 se aclara que las vestiduras usadas por el sumo sacerdote, serían dadas a su hijo cuando él terminaría su servicio. La primera vez que eso sucedió en el sacerdocio levita fue cuando Eleazar tomó el lugar de su padre Aarón (Nm. 20:25-29). El sacerdocio en Israel era cambiante y mutable al salir un sumo sacerdote y al entrar otro.

Nosotros tenemos la dicha de que nuestro sumo sacerdote, nuestro Señor Jesucristo, jamás concluirá su servicio en beneficio nuestro. Nunca será o podrá ser reemplazado por otro. Su sacerdocio es eterno. Fue declarado de él: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (He. 7:21)... “éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable” (Heb. 7:24)... “viviendo siempre para interceder por ellos” (Heb. 7:25).

Comunión íntima con Cristo

Recuerda que habían dos carneros que eran sacrificados en la presentación de los sacerdotes a Dios en su santuario. Uno era el carnero del holocausto, y el otro, el de las

consagraciones. El del holocausto era quemado hasta convertirse en cenizas; pero el de las consagraciones era comido a la puerta del tabernáculo por 7 días, junto con los panes que también habían sido ofrecidos a Dios.

Todos los días de nuestra vida, Dios quiere que disfrutemos comunión íntima con el Señor al contemplar todo lo que las Escrituras nos dicen en cuanto a Cristo. Así como los sacerdotes comían la carne y el pan, Dios quiere que nos alimentemos del “pan de vida”. ¡Hay tanto qué aprender de él! Toda una vida no bastaría- ni aún toda una eternidad- para conocer todo acerca de la persona, la vida y la muerte de nuestro Señor.

Habían dos prohibiciones en relación a este acto en la ceremonia bajo consideración. La primera es que no podían comer de las ofrendas “el extraño” y la razón dada es por la santidad de las cosas ofrecidas a Dios. ¿Cuántos de nosotros realmente nos examinamos cada semana antes de tomar nuestro lugar en el partimiento del pan? ¿Será que me he acostumbrado a hacer memoria del Señor cuando no hay la santidad debida en mi persona? No se nos olvide que es posible comer del pan y tomar de la copa “indignamente” (1 Co. 11:27) y que eso me expone a la disciplina de nuestro Padre.

La otra prohibición era comer la carne restante a la mañana siguiente. El sobrante tenía que ser quemado. La razón para esto es una vez más por la santidad de la ofrenda. Hermano, la carne comida de esta semana es para esta semana y no para dentro de dos semanas. ¿A qué me refiero? Cada primer día de semana deberíamos de poder ofrecerle algo fresco y nuevo al Señor. La vida cristiana a veces se convierte en una rutina y eso se ve evidenciado en parte cuando repetimos lo mismo en nuestras oraciones en la Cena del Señor, cuando

pedimos los mismos himnos o leemos los mismos pasajes. Dios nos ha dado 66 libros que nos hablan de su eterno Hijo. Ponte como meta nunca repetir lo mismo y ofrécele al Señor de la rica variedad que él nos ha dado en su palabra.

Un sacrificio hecho una vez y para siempre

En los versículos 36 al 42, nos asombramos de cuántos sacrificios tenían que ser hechos día tras día. Por 1 semana se ofrecían becerros cada día para purificar el altar. Todos los días se ofrecían dos corderos para holocausto. Uno en la mañana y el otro en la tarde. ¡Cuántos animales sacrificados y cuánta sangre derramada!

La inmensidad del sacrificio de Cristo, y cómo se contrasta con todos esos sacrificios bajo la ley, es porque el del Señor fue una sola vez y para siempre. "Se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado" (He. 9:26). "Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios" (He. 10:12). Cuando él llevó todos nuestros pecados y dijo: "Consumado es" es porque no había más que pagar. Cuando él resucitó victoriosamente de la muerte al resucitar, es porque no había más que hacer.

Horatius Bonar bien escribió:

*Ni sangre hay, ni altar; cesó la ofrenda ya;
no sube llama ni humo hoy, ni más cordero habrá.
Empero ¡he aquí la sangre de Jesús,
que quita la maldad y al hombre da salud!*

Altar de Incienso

Leer: Éx. 30:1-10, 34-38; 37:25-29; 40:5; Núm. 4:11

Materiales

El altar de incienso estaba hecho de madera de acacia. Ésta madera era conocida por ser muy duradera. Difícilmente se corrompía. La madera de acacia representa la perfecta humanidad del Señor Jesús. El discípulo amado dijo de su Señor: "Él es puro" (1 Jn. 3:3). Nada, ni nadie puede corromper a Jesucristo. Él no pecó, no podía pecar, ni tampoco podía ser tentado por el pecado.

Éste mueble en el tabernáculo también era llamado el "altar de oro" (Éx. 40:5) porque fue revestido de oro puro. El oro nos habla de la deidad de nuestro Salvador. Era cien por ciento hombre, esa es la madera, y era cien por ciento Dios, ese es el oro. ¡Qué gran misterio imposible de entender plenamente!

Medidas

Tenía 1 codo de longitud, 1 codo de anchura y 2 codos de altura. El hecho de que era cuadrado, nos indica algo de la perfecta intercesión que el Señor hacer por nosotros en el cielo. El incienso representa nuestras oraciones (Sal. 141:2; Ap. 5:8; 8:3, 4). De manera que el altar de incienso representa a Cristo en la gloria, exaltado a la diestra de su Padre, como nuestro Abogado (1 Jn. 2:1) y el que intercede por nosotros (Rom. 8:34). Los cuatro lados iguales en el altar nos hace pensar en aquél que nunca cambia, aquél que es nuestro amigo fiel.

La altura del mueble trae a la mente la exaltación de Cristo en el cielo después de su muerte, resurrección y ascensión. El que padeció y murió ha sido "coronado de gloria y de honra" (He. 2:9).

Detalles

1. Cuernos. El altar tenía cuernos en cada esquina. El cuerno en el animal representa fuerza. Los cuernos en el altar hacen pensar en la omnipotencia de Cristo. Aún en su muerte vemos su maravilloso poder. Nadie lo mató. Él dijo acerca de su vida: "Nadie me la quita, sino que yo la doy de mi propia voluntad. Tengo autoridad para darla, y tengo autoridad para tomarla de nuevo" (Jn. 10:17, 18). En el momento preciso, cuando la hora había llegado, Cristo entregó su espíritu al Padre (Lc. 23:46).

2. Cornisa. Alrededor del altar iba una moldura o corona. Quizás su función era guardar que el fuego se cayera del altar. La cornisa trae a la mente la seguridad que tenemos en el Señor. Algunos erróneamente enseñan que la salvación se puede perder. Cristo enseñó todo lo contrario cuando él dijo de nosotros como sus ovejas: "Yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano del Padre" (Jn. 10:28, 29).

3. Anillos. Dos anillos de oro iban debajo de la cornisa a sus dos lados. Varas eran introducidas en los anillos para transportar el altar. Esto nos hace pensar en Cristo el "Varón de dolores" y cómo él nos ayuda con nuestras cargas.

4. Varas. Las varas de madera de acacia forradas de oro iban dentro de los anillos para poder transportar el altar. En ellas vemos al creyente en su peregrinación y su relación con el Cristo coronado.

Ubicación

El altar de incienso iba "delante del velo" y por lo tanto estaba en el lugar santo junto con el candelero y la mesa de los panes (Éx. 30:6; 40:5; Lv. 16:12).

Función

El altar era para que los sacerdotes pudieran quemar incienso de mañana y de tarde. Éste mueble permitía que Dios recibiera olor grato. Pablo resalta lo que la vida de Cristo trajo a la presencia de Dios. "Cristo les amó y se dio a

sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios, como fragante aroma" (Ef. 5:2). Lo que la sulamita dijo de Salomón su amado, lo podemos sin duda decir de nuestro Amado: "Tu nombre es como ungüento derramado" (Can. 1:3).

Ya mencioné que el incienso representa nuestras oraciones. Si el humo subía el olor grato a Dios, ¡cuánto más las oraciones de su pueblo! La Biblia menciona varios ejemplos de personas que oraron a la hora novena, a la hora que se quemaba incienso y fueron oídos. Ellos fueron: Elías (1 Re. 18:36, 38), Daniel (Dn. 9:21), Pedro y Juan (Hch. 3:1), Pedro (Hch. 10:30, 31). Cristo clamó a esa misma hora: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mt. 27:46). En su caso, no fue oído, sino abandonado por su Dios.

Transportación

Sabemos que al moverse la presencia de Dios, los levitas tenían que guardar todo en el tabernáculo y moverlo hasta donde Dios indicara. En Nm. 4:11 se nos indica que al ser transportado el altar de incienso era cubierto con un paño azul y con pieles de tejones. El paño azul nos recuerda del increíble hecho de que Cristo vino del cielo para morir sobre una cruz. Las pieles de tejones, al no llamar la atención por su color, representa la humanidad de Cristo y el hecho de que el hombre no encontró en él algún atractivo. Isaías lo profetizó al escribir: "Creció delante de él como renuevo tierno, como raíz de tierra seca. No tiene aspecto hermoso ni majestad para que lo miremos, ni apariencia para que lo deseemos" (Isa. 53:2). Para nosotros que hemos creído en Cristo, "Él es precioso" (2 Pe. 2:7).

La Ofrenda del Rescate

¿Cuándo era ofrecida la ofrenda?

Ésta ofrenda era ofrecida cuando el pueblo de Israel era censado. Cada varón al ser contado daba su ofrenda y su nombre era inscrito en el libro del pacto (Nm. 1:1-46; 26:1-65). Algo parecido sucedió con nosotros. Al creer en el Señor y al ser rescatador por él, nuestros nombres fueron inscritos en libro de la vida. Cristo dijo: 'Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos' (Lc. 10:20). Por medio de lo que el Señor hizo por nosotros en su muerte, nuestros nombres sí están en el libro de la vida y no tendremos que ser lanzados al lago de fuego (Ap. 20:15). Cristo le dijo a la iglesia en Sardis que sus nombres jamás serían borrados de ese libro (Ap. 3:5). Lejos de abrir la posibilidad a que nuestros nombres puedan ser borrados de ese libro, Cristo afirma que eso nunca podrá suceder.

¿Cuáles beneficios traía esta ofrenda?

Habían por lo menos cuatro beneficios que recibían los Israelitas:

1. Rescate (Éx. 30:12). La ofrenda les daba rescate o redención. Pedro nos enseña que nosotros hemos sido

rescatados por medio de la sangre de Cristo (1 Pe. 1:18, 19). Pablo también nos hace ver que Cristo "se dio a si mismo en rescate por todos" (1 Tim. 2:6).

2. Expiación (Éx. 30:15, 16). La ofrenda cubría su pecado y hacía paz con Dios. Expiación y propiciación son muy parecidos. Juan el apóstol nos dice que Jesucristo es nuestra propiciación (1 Jn. 2:1, 2) y que Dios lo envió para ser la propiciación por nuestros pecados (1 Jn. 4:10). Gracias al Señor, podemos disfrutar el hecho de que nuestros pecados han sido quitados y que podemos gozar pan con Dios por medio de la sangre derramada de Cristo.

3. Evitar mortandad (Éx. 30:12). El censo era hecho para agradar a Dios. David censó a Israel, pero por tentación de Satanás, lo hizo para quizás gloriarse a sí mismo o al pueblo y no para honrar a Dios (2 Sam. 24; 1 Cr. 21). Así con nosotros, Dios es el que cuenta y conoce quienes son suyos (2 Tim. 2:19). Nosotros no podemos contar las almas compradas por la sangre de Cristo, pero sí podemos maravillarnos al tratar de calcular el gran costo que él tuvo que pagar con su sangre. El Salmista nos hace ver que la redención de nuestras almas es de gran precio (Sal. 49:8). Ese gran precio lo vemos en el hecho de que Cristo tuvo que derramar su sangre. No había otra manera en la que pudiéramos ser comprados.

4. Enlistarse en el ejército (Nm. 1:3). Para poder servir en el ejército, los Israelitas tenían que dar la ofrenda del rescate, y así estar bajo las ordenes de Dios. El Señor nos ha comprado con su sangre para que nosotros también podamos servirle a él.

¿Cuáles eran los requisitos para poder entregar esta ofrenda?

Los requisitos eran tres: tenían que ser varones, tenían que tener más de 20 años de edad (Éx. 30:14) y no podían ser de la tribu de Leví (Nm. 1:47-54) porque ellos estaban a cargo del sacerdocio.

Cuando uno cumplía con esos tres requisitos, era obligatorio que se ofrendara la ofrenda del rescate. No era como en el caso de las ofrendas voluntarias (holocausto, oblación y por la paz). Esto nos habla de la importancia de la sangre de Cristo para poder ser comprados por Dios. Era absolutamente indispensable.

¿Qué se ofrendaba?

La ofrenda era medio siclo de plata. 1 siclo son 132 gramos. 1 siclo eran 20 geras y 1 gera son 4-16 gramos.

Veamos algunos puntos sobre nuestra redención en Cristo en la plata ofrendada:

1. Todos pagaban la misma cantidad. Todos tenemos el mismo valor delante de Dios. Por más pecadores que seamos, la sangre de Cristo nos redime a todos.
2. Era individual. Cada persona hoy en día debe de confiar en Cristo para que la sangre de Cristo tenga efecto en relación a sus pecados.
3. El rico no podía dar más, ni el pobre podía dar menos. Nadie puede añadir o quitar a la obra perfecta y completa de Cristo.
4. Al pagar el medio siclo, podían quedar seguros de que Dios los había expiado. Nosotros podemos estar más que seguros por el valor y el poder que tiene la sangre de Cristo.

5. Ofrendaba el que tenía arriba de 20 años. Redención aceptaba por una persona que tenga la capacidad de entender lo que hizo Cristo y por qué lo hizo.

¿Cuál uso se le daba a esta ofrenda?

La plata de las ofrendas del rescate, era utilizado para las basas de las tablas y de las columnas en el tabernáculo (Éx. 38:25-28). En la estructura del tabernáculo habían noventa y seis tablas y cuatro columnas puestas encima de las basas. El tabernáculo quedaba asentado sobre las basas de la ofrenda del rescate. De igual manera con nosotros, nuestra adoración, servicio y comunión con Dios es en base a nuestra redención en Cristo.

La Fuente de Bronce

Lectura: Éx. 30:17-21; 38:8; 40:7, 30-32

Su material

La fuente de agua en el tabernáculo y su base estaban hechos de bronce. Este material en la Biblia en ocasiones representa el juicio del pecado del hombre. El altar en donde se quemaban los sacrificios para juzgar los pecados de Israelitas era hecho de bronce. En la fuente, vemos el hecho de que Cristo sufrió para quitar nuestros pecados; en la fuente, vemos el efecto que tiene la palabra de Dios sobre nosotros al purificarnos (Sal. 119:9; Jn. 15:3; Ef. 5:25, 26).

Cada uno de los muebles en el tabernáculo de reunión nos hablan algo sobre nuestro Señor Jesús.

1. Altar de sacrificio: Cristo nuestro Salvador.
2. Fuente de agua: Cristo nuestro Santificador.
3. Mesa con los panes de la proposición: Cristo nuestro alimento espiritual.
4. Candelero: Cristo nuestro guía.
5. Altar de oro: Cristo nuestro Intercesor.
6. Arca del pacto: Cristo nuestra confianza.
7. Propiciatorio: Cristo nuestra propiciación.

El bronce para el lavacro provenía de "los espejos de las mujeres". De esa manera los sacerdotes podían verse y saber dónde necesitaban lavarse. El cristiano usa la Biblia para hacer ver sus pecados que necesitan ser removidos en su vida (Stg. 1:23, 24).

Sus detalles

La Palabra de Dios no nos brinda la información que tiene que ver con la medida, el diseño o forma, varas para transportarla o las cubiertas para este mueble. Quizás esto se debe a que no hay límites a la santidad que debemos de tener delante de Dios o del conocimiento que podemos adquirir de la Palabra de Dios que siempre nos habla de Cristo. Nuestro Salvador mostró una perfecta santidad al caminar en esta tierra a pesar de estar rodeado de tanta perversidad.

Los otros muebles tenían cubiertas para cuando la morada de Dios era transportada de un lugar a otro en el desierto. No leemos de una cubierta para la fuente. Posiblemente al ser vista, era un recordatorio continuo de la santidad de Dios que deseaba ver en las vidas de los Israelitas.

Su ubicación

El lavacro estaba "entre el tabernáculo de reunión y el altar". Estaba estratégicamente ubicado para que los sacerdotes y el sumo sacerdote pudiesen servir con limpieza en el santuario de Dios. En la fuente pudiéramos haber visto que había agua con sangre porque los sacerdotes se lavaban después de manejar los animales que eran sacrificados. La combinación

de agua y sangre la vemos en la consagración de los sacerdotes, en el lavamiento de los leprosos y en nuestro Señor sobre la cruz (Jn. 19:34; 1 Jn. 5:6; 1 Co. 6:11; He. 10:22). Gracias a Dios por esa fuente de sangre que fue abierta en su costado para lavarnos de nuestras maldades.

Su función

Como se ha mencionado, el propósito de este mueble era para que los sacerdotes se lavaran las manos y los pies. Sus manos estarían manchadas de sangre y sus pies sucios por caminar sobre la arena. Tenían que lavarse antes de entrar al tabernáculo y al acercarse al altar de holocausto para manejar las ofrendas y los sacrificios. No cumplir con esto resultaba en la muerte.

El Señor no tuvo que lavarse para poder servirnos como nuestro gran Sumo Sacerdote porque él es sin contaminación. *"Tal Sumo Sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores"* (He. 7:26).

El Día de Reposo

El antiguo testamento nos presenta distintos tipos o figuras de Jesucristo a través de personas, como Isaac; animales, como el cordero pascual; objetos, como el arca de Noé; y días que observaba Israel, como el día de la expiación. En este estudio estaremos viendo el día de reposo y cómo también ese es una sombra de nuestro Salvador.

Dios reposó

Al finalizar la creación del universo, Dios reposó de toda obra en el día séptimo (Gn. 2:2) y santificó o apartó ese día de los otros días en la semana (Gn. 2:3). Él pudo finalizar la hermosa y vasta obra de la creación, y al descansar, pudo disfrutar intensamente cada detalle de lo que había formado.

Unos 4,000 años después Dios observó otra obra. Si la obra de la creación fue inmensa, esta otra obra fue aún más enorme y más impresionante. La obra que ahora observada era la de la salvación que su hijo había culminado después de llevar todos nuestros pecados y al resucitar de entre los muertos. Que Dios pusiera millones de estrellas que colgaran en el firmamento era increíble; pero que el Hijo de Dios hiciera la gran obra de la salvación, es infinitamente más impresionante.

Israel reposó

Sobre las tablas que Dios le dio a Moisés, el cuarto mandamiento era: *"Acuérdate del día de reposo para santificarlo"* (Éx. 20:8). Dios le ordenó a su pueblo que no podía trabajar, sino tenía que reposar el séptimo día, tal y como él lo hizo al terminar de crear el universo.

El Señor Jesucristo y sus discípulos guardaban el día de reposo. Pero un día Sábado al tener hambre arrancaron espigas en un campo para comerlas pero fueron duramente criticados por los fariseos. Ellos insistieron que no era lícito que hicieran eso. La ley no lo prohibía pero ellos habían formulado toda una serie de reglas y ritos en cuanto a muchas cosas pero sin el fundamento de la palabra de Dios. El Señor Jesús les hizo ver que él es el *"Señor del día de reposo"* (Mt. 12:8). Vemos aquí la grandeza de Cristo en relación al día de reposo. Era él quien podía decidir que era o no era lícito hacer a lo largo de ese día.

Después vieron que en la sinagoga había un hombre con una mano seca. Le preguntaron para ponerlo a prueba si era lícito sanarle el día de reposo. Jesucristo con mucha sabiduría contestó con una pregunta: *"¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante?"* Aquí vemos la ternura y la misericordia de Cristo en el día de reposo. ¡Claro que no había ningún problema en rescatar una oveja o sanar a un enfermo el día de reposo!

El Señor Jesucristo fue crucificado un día viernes a las 9:00 am. Para los judíos el día de reposo comenzaba el viernes a las 6:00 pm. Para ellos eso daba inicio al día sábado. Por eso los judíos le pidieron a Pilato que mandara quebrarle los huesos a Jesucristo para que muriese y así ellos pudiesen guardar el reposo. ¡Cuanta hipocresía había en sus

corazones! Sabemos que sus piernas no fueron quebradas porque el Señor ya había muerto para que se cumpliera la profecía: *"El guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado"* (Sal. 34:20)

Fue después del día de reposo que nuestro Amado resucitó de entre los muertos. Al pasar el día de reposo, las mujeres llegaron a la tumba con especies pero encontraron que la tumba estaba vacía (Mt. 28:1). La muerte y la resurrección traían el final de la ley de Moisés para dar lugar al nuevo pacto en el cual nosotros estamos viviendo. Hay muchos que no han comprendido que el día de reposo no debe guardarse en nuestros tiempos porque era una señal entre el pacto que Dios hizo con su pueblo Israel (Éx. 31:13, 17). Nosotros no pertenecemos a Israel y ya no estamos bajo la ley de Moisés (Rom. 6:14; Gá. 4:5; Ef. 5:18). Cristo por medio de su sangre hizo un nuevo pacto y eso lo recordamos al tomar de la copa en el partimiento del pan.

Cristo es nuestro reposo

¿Cada cuando guardamos reposo nosotros? ¿Un día a la semana? ¿El día sábado? ¡No! Nosotros disfrutamos el reposo todos los días del año, todos los minutos de cada hora y cada segundo de cada hora. Alguien pregunta: ¿pero yo pensé que el día de reposo había quedado atrás? Es correcto. Pero nuestro reposo no es para un solo día, como con Israel; sino que nuestro reposo es en Cristo y podemos disfrutarlo todos los días de nuestra vida. En Hebreos 4 el escritor habla del reposo que tenemos los que hemos creído en el Señor. Gracias a Dios que por medio del tormento que Cristo experimentó en la cruz, él es nuestro gran reposo.